

BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

CEMENTERIO ESPACIAL

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

CEMENTERIO ESPACIAL

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

238. — Reyes del espacio — *Clark Carrados*

239. — Enviado de los dioses — *Curtis Garland*

240. — Las muñecas robiónicas — *Ralph Barby*

241. — Materia vital — *Clark Carrados*

242. — Muñecas mecánicas — *Curtis Garland*

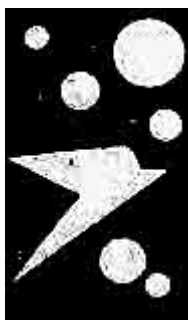
MARCUS SIDÉREO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 243

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS —
MÉXICO**

ISBN 84—02—02525—0

Depósito legal: B. 6.329 — 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: abril, 1975

© Marcus Sidéreo — 1975 texto

© Jorge Núñez — 1975 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S. A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1975

CAPITULO PRIMERO

La isla era como un vergel flotando en el espacio, una inmensa alfombra verde dé plantas exóticas, hermosas, que vivían bajo el reflejo de una luz extraordinariamente brillante en un clima que desde el espacio se antojaba benigno, agradable, ideal.

Din Demara observó a través del teleobjetivo de su nave y murmuró:

—Estoy seguro que no es un espejismo. Obsérvalo tú, Rippi.

El ayudante de Din Demara observó aquel paraíso flotante, un planeta extraño en el sistema, una aparición en forma de llano frondoso, lleno de vida, aunque aparentemente desierto.

—Es increíble... ¿Quién pudo crear esto?

—Déjame verlo de nuevo, Rippi —repuso el piloto y jefe de la nave Din Demara.

Observó atentamente a través de la poderosa lente. Rippi insistió:

—En ningún tratado se habla de una «cosa» como ésta. Dos planetas o satélites tienen todos la misma forma, redonda o acaso ovalada, pero esto es como un llano en el espacio que flote lentamente...

—Y con vida propia, Rippi. Las plantas no crecen sin una atmósfera adecuada Y ahí hay de todas clases.

—¡Cielos! ¡Cuánto tiempo sin oler el perfume de una flor, o sentir el frescor de la hierba en la noche, o cortar una rama! —comentó Rippi, soñador.

—Hace años que nuestro planeta está quemado por la polución, Nosotros mismos cometimos el asesinato y nos vimos obligados a emigrar. Me pregunto: ¿Cuántos habrán podido sobrevivir esa larga e interminable singladura en el espacio?

—Era una época floreciente, cada familia tenía su pequeño bólide y existían grandes naves. En los colegios la enseñanza del manejo de estos artefactos era materia de los primeros cursos, todos tuvieron su ocasión de huir, menos los más confiados, claro, los que pensaron que la polución no llegaría al grado fatal. —Rippi pareció recordar y revivir las terribles escenas del final.

Un planeta donde la atmósfera electrizada se convirtió en combustible flotante y la menor chispa originaba el incendio.

—Primero fue de un modo lento, pero al final todo se convirtió en llamas. Luego el proceso se aceleró. Fue algo que jamás he logrado olvidar.

Din Demara seguía observando fijamente la isla en el espacio.

—Parece un retazo del trópico —murmuró. —El trópico desapareció como todo, Din. Llevamos años vagando, alimentándonos de vitaminas sintéticas que ya se están agotando... ¡Din! Hay que avisar a los demás para que encuentren nuestra ruta.

—¿Avisarles? ¿Cómo? Todo sucedió demasiado de prisa. Cada cual se largó como pudo. No estamos coordinados. Miles de naves pululan por el espacio sin rumbo. No sabemos lo que ha sido de las demás.

Puede que algunas hayan encontrado otros habitáculos y otras hayan desaparecido a consecuencia de algún fallo o por falta de reservas.

—Lanza un aviso de todos modos. A veces hemos captado señales de otros compañeros.

—Primero quiero saber lo que es esto, Rippi. Nos aproximaremos más.

—¡Un paraíso, Din! Un paraíso que nos aguarda —exclamó Rippi, entusiasmado, olvidándose de los sinsabores pasados y del terrible espectáculo del fin del planeta asesinado por exceso de técnica y por desidia de los responsables de velar por el bienestar futuro.

—Un paraíso deshabitado en el que crecen plantas... —repuso Din Demara, con cierto escepticismo.

Fue entonces cuando observó la zona más alejada a la vegetación, un lugar árido donde se elevaba un edificio de estructura metálica.

—Hay un edificio. ¡Allí! Hacia el final. Carece de ventanas, parece construido con algún metal opaco.

Rippi observó la estructura cuadrangular cuya altura era similar a un bloque de diez plantas.

—¿Crees que se trata de la morada de los habitantes de ese sitio?

—No lo sé. Intentaremos establecer contacto. Si hay alguien probablemente captará nuestras señales.

Y Din Demara pulsó unos botones para probar la frecuencia de onda.

El transmisor funcionó perfectamente, pero no se recibió ninguna respuesta a la señal emitida.

—Estoy seguro de que pueden oírnos —murmuró Din—. Pero no acusan la llamada.

—Inténtalo de nuevo —dijo Rippi, que permanecía a la expectativa.

El nuevo intento resultó igualmente fallido.

—Quizá no tengan radio. O tal vez se trate de algún lugar experimental. En los últimos tiempos se llevaban a cabo planes secretos, Din.

—Sí. Lo sé.

—Eso puede ser obra de algún científico de los nuestros.

—Razón de más para que conteste.

—Tal vez no haya nadie, Din.

—¿Insinúas que los posibles habitantes de esa especie de isla flotante han muerto? —murmuró Din Demara, insistiendo una vez más con el transmisor.

—Pudiera ser.

—No tenemos ningún conocimiento de que alguna vez se instalara una isla de este tipo en el espacio.

—Pudo tratarse de una misión secreta. Aproximémonos, Din. Al fin y al cabo hemos estado buscando un lugar para sobrevivir, y ahora tenemos uno ante nosotros. No parece peligroso. Hay vida, puesto que crecen las plantas y alguien construyó ese edificio.

—No lo sé, Rippi. No acabo de fiarme. Esa luz intensa... ¿De dónde procede? Aquí no alumbra ninguna clase de sol. Lo que vemos es como un oasis en medio de un desierto, pero no estamos en el desierto precisamente.

Din Demara no acababa de decidirse.

—¿Quieres que avise a los otros? —preguntó el ayudante—. Están medio adormilados, sin esperanza.

—¡No, Rippi! Seguimos siendo responsables de las cuarenta personas que transportamos, puede que todos hayan perdido la esperanza, pero ello no nos permite exponerlas a lo desconocido sin estar seguros.

—Deja que decidan entre todos.

—Piensas que ya no es como antes, Rippi. Crees que porque nuestro mundo desapareció ya no existen responsabilidades. Y no es eso. Formamos parte de una comunidad errante, pero seguimos siendo responsables de los actos que hemos aceptado libremente. No, Rippi. Mientras gobierne la nave, no tomaré ninguna decisión que pueda poner en peligro las vidas que me fueron confiadas. —Hizo una pausa y añadió—: Avisa al doctor Lenkor. Pero no le digas de qué se trata.

—¿Lenkor?

—Sí. El posee conocimientos espaciales. Ha estudiado algunos fenómenos y aunque esté retirado, será interesante conocer su opinión. Pero insisto en que no debes hablar con los demás.

—Está bien. Tú mandas, Din.

—Escucha, Rippi, quiero que quede bien sentado que yo no pretendo ocultar nada a nuestra pequeña comunidad. Sólo trato de estar seguro antes dé informar. ¿De acuerdo? Luego, en su momento expondré la situación, pero primero es necesario saber cuál es. Lenkor puede ayudarnos.

Lenkor era un hombre entrado en años, de aspecto cansado y mirada perdida.

Muchos decían de que a pesar de haberse retirado tiempo atrás, su mente siempre estaba ocupada en pensar y así le encontró Rippi, sentado en uno de los confortables sillones de la nave que otrora sirvió para viajes de placer.

Con él y en las más distintas posiciones se hallaban el resto de los viajeros, sin deseos de hablar, perdida quizá la esperanza de reemprender una nueva vida y hacer algo de provecho. Ahora seguían todos abatidos, desangelados, ausentes. Viviendo gracias a las vitaminas, sin objetivo alguno.

Junto al doctor se hallaba su hija Onda, una muchacha hermosa, despierta y tan preocupada como el resto de los viajeros, pero en sus ojos aún brillaba la esperanza, tal vez porque era joven y anhelaba vivir. Vivir en un mundo real y ser útil.

—Venga conmigo a la cabina, doctor. Din Demara quiere hablar con usted.

—¿Te acompaño, papá? —preguntó Onda.

Rippi terció para decir a la joven que se trataba de un asunto privado.

—Tu padre volverá en seguida —añadió el ayudante de Din.

Lenkor acompañó a Rippi a la cabina.

Nadie hizo comentarios. Ninguno de los ocupantes sabía nada de lo

que ocurría. Todos continuaron en su extraña laxitud.

Lenkor observó a través del objetivo que le brindó Din Demara, que preguntó:

—¿Cuál es su opinión? Hemos lanzado señales que no han sido contestadas. En la isla hay vida, esto salta a la vista; sin embargo, no aparece ni un solo ser viviente. Luego está esa luz, casi cegadora.

—Trata de meterte en su atmósfera para analizar los gases —murmuró el doctor—. Ahora es aventurado dar una opinión, aunque en verdad pienso que es prematuro arriesgarse. Has hecho bien en no hablar con nadie. La gente sería capaz de aterrizar en el mismo infierno con tal de abandonar la nave. Son ya demasiados años.

—¿Ve peligro en alguna parte? —inquirió Rippi, decepcionado por las preocupaciones que al igual que el piloto, pretendía tomar el doctor.

—No veo nada. Precisamente por ello, Rippi. Sería demasiado bello, tan bello como irreal.

Din Demara accionó los mandos y condujo la nave hacia la atmósfera de aquel extraño habitáculo, de aquella inmensa alfombra flotante cuya hermosura se acentuaba a medida que el bólido se acercaba hasta convertirla en una auténtica tentación.

CAPITULO II

El bólido sobrevoló la verde alfombra a escasos pies de la estructura metálica, cuyo bloque mereció una especial atención por parte del doctor Lenkor.

—¡Oh! —exclamó.

Din Demara y Rippi cambiaron una mirada.

—Dé otra pasada, Din —murmuró el doctor—. O yo no he visto bien o este edificio carece de puertas.

—Ha visto bien, profesor. Lo hemos estado examinando con la pantalla de aproximación, Rippi y yo —repuso el piloto.

Dio otra pasada para comprobar, una vez más, que el soberbio edificio casi al borde de aquella plataforma espacial carecía de hueco alguno.

—Aquí no puede haber nadie —dedujo Rippi—. A menos que se haya encerrado de por vida.

El piloto hizo las comprobaciones de la atmósfera exterior.

—Mire esto, doctor.

—Parece perfecto —repuso el médico, dubitativo.

—Desde luego no hay nadie. Está desierto, pero alguien tiene que cuidar esto, ¿no? —dijo Rippi.

—Recuerdo que hace años alguien habló de realizar unas pruebas con plantas en el espacio. Hace tanto tiempo que no consigo... Sí. Creo que se llamaba Hank. Hank no sé qué. Era un profesor de la sección de trabajos secundarios. Un investigador. Hank Bretoll... Sí, Ese era su nombre, pero es extraño.

—¿Cree que eso de ahí abajo puede ser obra de ese profesor? —inquirió Rippi.

—Bueno, por aquella época creo que su experimento se basaba en la vida vegetal en el espacio, pero hace ya muchos años. Aparte del tiempo que llevamos navegando, esos experimentos debieron tener lugar otros veinte o veinticinco años antes.

—¿Y cómo no dieron ninguna información?

—Es que no sé si se trata de lo mismo, Din. Porque que yo sepa ese profesor Hank desapareció. Es decir, se le dio por muerto y por fracasado el experimento.

Tras un silencio, Din murmuró:

—En tal caso esto no pertenece a ninguna dependencia de nuestro planeta.

—¡Eh! —gritó entonces Rippi—. ¡Miren esto!

Señalaba hacia abajo y todos pudieron ver perfectamente a través del visor a una figura humana corriendo por entre la fronda hacia el edificio sin huecos.

—Voy a dar la vuelta —adujo Din Demara, accionando la palanca para seguir la dirección del ser que acababa de surgir.

Din, a pesar de la rápida maniobra, perdió unos segundos preciosos, lo cual no fue óbice para que el hombre de la alfombra verde pudiera ser visto de nuevo.

—Parece igual que nosotros —dijo Rippi.

—En efecto, pero yo diría que es muy viejo. Sin embargo, posee una gran agilidad.

El hombre desapareció por la parte trasera del edificio...

—¡Sígale! —dijo innecesariamente el doctor Lenkor, puesto que el piloto pretendía acercarse más.

—Se ha ido por detrás. Le hemos asustado —dijo Rippi.

—Voy a lanzar un mensaje a través de las ondas.

—¡En! —advirtió entonces Lenkor—. ¡No está!

Los tres miraban a través del visor, rebasada ya la parte trasera del edificio que bordeaba el abismo espacial.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Rippi.

—Tiene que haber entrado en el edificio. No existe otra explicación.

—¿En el edificio? Pero, ¿por dónde? —inquirió Rippi—. No hay puertas.

Los tres se miraron en silencio.

Más tarde esperaron inútilmente la respuesta al mensaje que Din Demara había repetido con insistencia.

—No contestan. Es inútil —dijo Din.

—Yo diría mejor que no quieren contestar —terció el doctor Lenkor.

—¿Qué hacemos? —le pregunta partió de Rippi.

El piloto decidió:. —Voy a tomar tierra. Hay un lugar a propósito.

Lo he visto antes. Está libre de vegetación. El aterrizaje vertical será posible. —Sí. Tome tierra —murmuró el doctor.

—Avisé a los demás, doctor. Dígales que todavía ignoramos la naturaleza de ese lugar. Adviértales que pueden surgir peligros. Nadie podrá salir sin que antes hayamos realizado una batida.

El doctor asintió.

CAPITULO III

La visión de una tierra de aspecto fértil y exuberante. La luz extraordinaria que brillaba sin cegar, el aire puro de la atmósfera y hasta la belleza del lugar arrancaron exclamaciones de todos los componentes de la expedición.

Las cuarenta personas, hombres y mujeres, se amontonaban junto a la puerta por la que Din y su ayudante habían salido contemplando el vasto y llano panorama.

El aroma de las flores era penetrante. Todos podían oler aquella fragancia. Todos estaban deseosos de pasear ante una vegetación ya olvidada.

—Nunca creí que pudiéramos llegar a un sitio como éste.

—¡Es maravilloso!

—Déjenos salir, Din. Es un lugar fantástico.

—Nada de eso. El doctor ya les ha dado instrucciones. —Hizo una pausa y miró en derredor para continuar—: Este sitio es hermoso, en verdad, y el aire que se respira es saludable, pero no sabemos nada de la vida de aquí. Ni siquiera a quién pertenece.

—Tenemos armas —exclamó alguien—. Si alguien nos ataca podemos defendernos.

—Si llega el caso, no dude de que lo haremos. Por los motivos que sean, los habitantes de este lugar no han contestado a nuestro mensaje. Es necesario, por tanto, hacer una exploración. Necesitaré algunos voluntarios.

—¡Cuenta conmigo! —exclamó el que había hablado antes.

Era el coronel Hanseen a quien Din miró largamente antes de replicar con amabilidad.

—Coronel Hanseen, aunque la misión es totalmente voluntaria, quisiera ser yo quien eligiera a los que deben venir conmigo, una vez sepa cuántos y cuáles son los que se ofrecen.

Los hombres, e incluso más de una mujer, levantaron las manos, ávidos de ser elegidos.

—Bien, bien... Ya veo que desean ir todos. Necesito naturalmente a hombres. Cuatro, de momento, me bastarán. Veamos... Usted, Lanson.

Se dirigió a un joven con aspecto recio, fuerte. Luego llamó a un ex oficial de la defensa, Choner. Después señaló a otros tres, excluyendo al coronel Hanseen.

—¿Por qué me rechaza? —protestó el veterano militar.

—No quiero herir la susceptibilidad de nadie, coronel. De momento creo que puedo pasarme sin usted.

—¡Excusas! —gruñó el aludido—. Cree que soy viejo. Eso es. Ustedes los jóvenes nos desprecian. Pero no han hecho nada. ¡Nada! La navegación espacial la inventamos nosotros, los secretos de la ciencia pertenecen a los de mi generación.

El coronel levantaba la voz y su enojo iba en aumento a medida que soltaba las palabras.

—Por edad y por jerarquía —seguía Hanseen— soy superior a usted.

—Por favor, coronel... No hay necesidad de dar voces.

—Usted no es quien para darme órdenes —cortó el militar.

Intervino el doctor Lenkor para apaciguar los ánimos.

—Por favor, señores...

—Tengo razón. La juventud nos desprecia, nos cree unos inútiles. Pero haré valer mis derechos.

—Coronel Hanseen —insistió el doctor, en tono apaciguador—. El

piloto Demara es el jefe de vuelo. No lo olvide. Todo irá mejor si le hacemos caso sin discutir &us órdenes.

—¿Órdenes a mí? —gruñó el coronel.

Intervino Rippi.

—Hasta ahora todo ha ido bien, ¿verdad, señor?

—Usted cállese. Ni siquiera tiene una graduación.

—Soy ayudante de Din Demara.

—Usted es un...

—¡Basta! —cortó suave, pero enérgico el piloto y jefe de la expedición—. Se acabó la discusión. Coronel, espero que usted será el primero en dar ejemplo. El doctor y mi ayudante se quedarán aquí hasta que nosotros regresemos. Mi ayudante y el doctor Lenkor ya tienen instrucciones. Hacemos esto para el bien de todos. La misión de salvamento sigue aún y están todos bajo mi protección.

—¡Puaf! —gruñó Hanseen, mascullando algo entre dientes, dudando abiertamente de la experiencia del piloto.

—¡Maldita sea! —gruñó Rippi, que no poseía el control de sí mismo como Din Demara—. ¿Quién nos obligó a abandonar nuestro planeta? ¡La maldita polución! Nosotros los jóvenes no la empezamos. ¡Ustedes tenían que haberla combatido!

—¿Insinúa que soy el responsable de lo ocurrido? —gruñó el coronel.

—La discusión ha terminado, Rippi. Repórtate. Debemos ser amables con todos. Y hacer que nos obedezcan, pero sin estridencias. ¡Muchachos! En marcha.

Los elegidos por Din Demara avanzaron. El piloto se quedó un momento para decir al doctor:

—Apacigüe los ánimos, Lenkor. Y ya sabe... Tardaremos una hora como máximo. Después de este tiempo...

—Pero se mantendrá en contacto con la nave.

—Lo haré siempre que pueda. Pero hay que prevenir cualquier fallo. El tiempo límite, es una hora.

—Buena suerte —deseó Lenkor.

Rippi se aproximó para aducir:

—Me gustaría ir contigo.

—Lo se. Pero alguien tiene que quedarse por si es necesario salir a escape y yo no pudiera hacerlo.

—Sí, claro. Adiós y suerte. No nos tengas en vilo.

El coronel seguía gruñendo entre la masa de gente que deseaba salir. Tanto. Lenkor como Rippi volvieron a la nave para calmar una vez más los ánimos que el coronel Hanseen trataba de encrespar.

Din Demara y los cuatro elegidos avanzaron por un bien trazado sendero entre el exuberante verdor.

CAPITULO IV

Iban juntos los cinco. Atentos a todas direcciones. Caminaban en fila de a dos y Din Demara marchaba al frente.

—Qué silencio —murmuró Choner.

—Demasiado. Esto altera los nervios —murmuró otro de los expedicionarios.

Lanson era el más silencioso de todos. Sabía templar sus nervios y dominar la tensión de aquellos momentos.

Din avanzaba con un detector en la mano y el pequeño radio control colgando del cuello.

Calculó la hora.

—Llevamos andando unos diez minutos. He calculado que hasta el edificio hay una media hora. Será el final de nuestra expedición.

Lanson despegó los labios por primera vez:

—¿Por qué no nos separamos? Ganaríamos tiempo.

—Mejor ir siempre juntos. Será más fácil atajar cualquier peligro.

Continuaron caminando en silencio. Un silencio que parecía ser» el único y auténtico protagonista de la expedición.

Al fin llegaron a un claro y se detuvieron. Din informó:

—Nada anormal.

La voz del doctor Lenkor recordó:

—No se olvide de traer algunas muestras de esa vegetación.

Din observó a uno de los expedicionarios que llevaban pequeñas ramas y hojas.

—Sí. Ya hemos recogido muestras de varias especies.

—¿Todo bien?

—Sí, doctor. ¿Y por la nave?

—No se preocupe. Por el momento la sangre no llegará al río.

Y después de las últimas palabras de Lenkor, Din cortó la comunicación.

—¿Por dónde? —inquirió Choner al encontrarse en una bifurcación con cuatro senderos.

—Línea recta. Es siempre la más corta —repuso el piloto.

—¿Le preocupa ese edificio del que nos ha hablado? —inquirió Choner otra vez.

—Me preocupa todo. Especialmente el hecho de que habiendo alguien no hayan querido contestar a nuestro mensaje.

El detector no indicaba nada especial. Era como pisar tierra auténticamente virgen, aunque Din sabía que no lo era, que no podía serlo porque aquello tenía que cuidarlo alguien.

¿El hombrecillo que habían visto correr desde la nave era acaso el único habitante de aquel sorprendente habitáculo?

Era una pregunta más que quedaba sin respuesta de las muchas que se le ocurrían a Din Demara.

A los veinte minutos de recorrido, un sendero más ancho que parecía mejor cuidado aún que los demás dejaba entrever el fondo del edificio de apariencia metálica.

—La luz viene de allí. Es como si un metal resplandeciente generara esa claridad.

Lanson hizo notar:

—Sin embargo, no deslumbra.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y dice que en ese edificio no hay puertas ni ventanas por ninguna parte? —preguntó el más joven de los expedicionarios.

—Desde el aire no hemos visto ni una.

Siguieron hasta llegar a una especie de plaza que daba acceso al edificio.

Todos observaron largamente la estructura frontal de la mole. Era bastante alta. Como de seis plantas, sin huecos y de aspecto metalizado.

—Ahora es cuando vamos a separarnos —dijo el piloto—. Usted, Lanson, irá con dos hombres por ese lado. Usted, Choner, vendrá conmigo. Daremos la vuelta y nos encontraremos en la parte posterior. Dense prisa. Tenemos el tiempo justo para regresar. Si algo ocurre, usted. Lanson, transmita. La clave es este número.

Y Din señaló el brazal adherido a su chaqueta donde estaba el símbolo «Azul 42».

—¿Por qué llevan esto? —preguntó alguien.

—Es la identificación que nos da la base. Todos los pilotos la llevamos.

En seguida se pusieron en marcha, mientras Din comunicaba nuevamente con Lenkor:

—Nos proponemos rodear el edificio. Llevamos veintisiete minutos exactamente tejos de la nave. Esto tiene unos cuarenta metros, tal vez nos retrasemos unos minutos, pero vale la pena.

—De acuerdo —repuso Lenkor.

Din siguió recorriendo la parte lateral elegida examinando la pared exenta de huecos y entradas.

Choner comentó:

—Esto es macizo... ¿De qué estará hecho?

—No lo sé. Pero el detector no indica nada especial.

Recibieron comunicación de Lanson.

—Todo en orden. No hay puertas ni huecos por aquí.

—Tampoco por aquí, Lanson.

—Estoy llegando al final.

—Nosotros también.

Se reunieron poco después en la parte posterior del edificio. A unos veinte metros se abría un profundo abismo.

—¿Cómo puede sostenerse eso en el vacío? —murmuró uno.

—El secreto está dentro de esta mole. No hay duda. Pero ahora regresemos. Volveremos en otro momento.

—¿Cuál es su plan? —pregunto Lanson.

—Esperar. Los que están aquí darán señales de vida. Les haré llegar el mensaje, una vez más. Quiero que se convenzan de que venimos en son de paz. Hay que contar con que puedan temernos.

Mientras hablaban, uno del grupo se alejó hacia el extremo.

—¡Cuidado, Sarton! —advirtió el piloto.

—No tema, capitán. Sólo quiero curiosear —y siguió avanzando hacia el borde de la sima espacial.

Din Demara comunicó con el doctor.

—Regresamos, Lenkor. Sin novedad por el momento.

—Bien. Siga informando, Din.

—Así lo haré.

Lanson se volvió para gritar al que se aproximaba a la sima:

—Vamos, Sarton. Es hora de regresar.

—¡Un momento tan sólo! Esto es un espectáculo insólito. Parece el fin del mundo.

Siguió avanzando.

—¡Testarudo! —gruñó Lanson.

Sarton estaba casi al borde. Guardaba silencio. De pronto, gritó:

—¡Eh!

—¡Sarton! —Lanson echó a correr.

—¡Socorro! —gritó Sarton, sin que nadie supiese exactamente lo que le ocurría.

Luego desapareció tragado por el vacío en una extraña caída.

—¡Deténgase, Lanson! ¡Deténgase! —advirtió Din.

Lanson dio unos pasos más, pero la prudencia le aconsejó quedarse. No hizo igual otro de los compañeros.

—¡Sarton era amigo mío! —y avanzó.

—¡No, Corell! —gritó Lanson.

Se lanzó en plancha para agarrarlo por los pies, pero el otro logró esquivar y llegar al borde para lanzar un grito gutural y desaparecer.

Lanson cambió una mirada con el piloto que gruñía:

—¡Hasta ahora todo había ido bien!

—Han sido atraídos por el espacio. No hay duda —comentó Lanson.

—Nada podemos hacer por ellos.

Estaban los dos a unos cinco metros de la sima. Lanson miraba fijamente al vacío.

—Sin embargo, no habían llegado hasta el borde. ¿Lo advirtió usted?

—Todo fue tan rápido...

—Sí, demasiado rápido.

Fue entonces cuando se volvieron nadie. Estaban solos.

—¿Y Choner? —preguntó inútilmente Lanson.

¡Había desaparecido!

CAPITULO V

El doctor Lenkor no pudo ocultar su preocupación.

—La atracción del espacio puede haber causado las dos primeras víctimas —comentó—. Pero, ¿y Choner?

—Eso es lo que hemos venido comentando Lanson y yo.

—Din, ¿está seguro que Choner estaba a su espalda?

—Sí, doctor. Estaba detrás de nosotros. Todo ocurrió de forma muy rápida. Cuando Sarton desapareció en el vacío su compañero corrió tras él. Lanson quiso impedirlo. Yo estaba algo más separado. Corrí, pero el compañero de Sarton llegó cerca del borde y desapareció también. Lanson y yo quedamos consternados.

—Choner no estaba con ustedes.

—Choner estaba conmigo antes de que yo corriera hacia Lanson. Ya no volvimos a verle.

Lanson, que asistía al diálogo, junto también con Rippi, corroboró las palabras del piloto.

—Así fue todo, doctor, y no hemos logrado explicarnos cómo pudo desaparecer.

—¿Lo buscaron?

—Lanzamos algunas señales. Ya sabe. Con esto... —Y mostró el silbato que formaba parte del equipo—. Todos tenemos uno igual. Choner no contestó.

Aunque la conversación tenía lugar en la cabina a cubierto de oídos indiscretos a fin de no desencadenar la alarma, el coronel Hanseen se coló sin que nadie lo advirtiera.

—¿Son ésas las seguridades que usted nos ofrece, señor Demara? —gruñó.

—¡Coronel! Nadie le dio permiso para entrar en la cabina —advirtió Rippi, de mal talante.

—Déjale, Din. Todos tienen derecho a saber lo ocurrido. De esta forma comprenderán el peligro que encierra este habitáculo o lo que sea.

—Usted es el responsable —gruñó nuevamente Hanseen—. Dijo que velaría por todos. ¡Ya ha perdido a tres hombres!

—Lo siento, coronel. Si hubiese podido evitarlo...

—Las lamentaciones ahora no sirven para nada. Espero que admita su incapacidad.

—No tiene derecho... —empezó el ayudante de Din.

—¡Calma! —pidió el doctor.

—No, doctor. Veamos qué es lo que ha pensado Hanseen durante ese tiempo. Porque estoy seguro de que esperaba un fracaso para exponer su plan.

—Mi único plan es elemental. Salgamos todos. Somos cuarenta. Es decir, éramos...

—Siga, coronel... Salimos todos. Armados, por supuesto, y hacemos frente al enemigo. ¿Es eso lo que usted propone?

—¿Es que hay alguna solución mejor?

—Si existiera un enemigo visible, tal vez no. Pero, ¿dónde está el enemigo, coronel?

—Según ustedes, ese enemigo se encierra en el edificio. ¿No es así?

—Puede.

—Entonces derribemos el edificio... Tenemos armas poderosas, creo yo.

Se hizo un silencio. Fue el doctor Lenkor quien lo rompió para advertir.

—Podría resultar peligroso.

—¿En qué se basa? —soltó el coronel.

—No lo sé. No tengo certeza de nada. Ni siquiera de que este lugar sea real.

—A mí me ocurre lo mismo —murmuró Din.

—Bien, pues despierten. El viaje les ha adormilado. Destruyan el edificio y las gentes que puedan haber en él.

—¿Seres humanos incluidos? —sonrió Rippi.

—¿Quién habla de seres humanos? —prorrumpió el coronel, con su vozarrón fuerte y autoritario, propio de quien está acostumbrado a mandar sin admitir réplicas.

—Díselo, Din. Dile que hemos visto a un hombre. A un ser como nosotros. Un viejo.

—¿Dónde lo han visto?

—Cuando íbamos a aterrizar —repuso el piloto.

—¿Y dónde está ese hombre?

—No lo sabemos. Desapareció.

—¿Insinúan que es un ser como nosotros? —inquirió el coronel.

Din asintió.

—Bien. Entonces mejor que mejor. Denle un ultimátum.

—No es tan fácil —murmuró el doctor—. Esto parece estar muy bien organizado. Si no han contestado a nuestros mensajes, tal vez sea por miedo o porque están muy seguros de sí mismos. Ni siquiera conocemos sus sistemas de detección, ni de defensa... Atacar es fácil cuando se está seguro del potencial del enemigo, pero en este caso lo ignoramos todo. Yo no puedo atacar y exponerles a ustedes.

El coronel reflexionó unos instantes y soltó:

—Vuelen ustedes, los demás que se queden aquí... Ataquen a mansalva, arrasen el edificio y luego regresen. Yo iré con ustedes...

Se produjo un silencio que cortó la aparición de Onda, la hija del doctor.

—Perdonen, la gente está impaciente. Quieren saber lo que ocurre. Preguntan por los que no han regresado.

—Habrá que decirles algo —murmuró Din.

—Yo me encargaré —repuso el doctor.

—¡Un momento! —exclamó el coronel—. Primero contesten a mi propuesta. Tengo tanto derecho a dar mi opinión. Ustedes ya han fallado una vez.

—Está bien, coronel. Daremos algunas pasadas por el edificio —admitió Din—. Lanzaremos el ultimátum.

—Tendrá que agradecerme el haberme hecho caso, Din.

—No estoy muy seguro, Hanseen. De todos modos, usted se quedará.

—¿Qué?

—Usted se quedará. Mantenga a la gente en la plazoleta y evite que nadie se mueva, mientras nosotros volamos. Rippi y yo nos encargaremos de todo.

El doctor adujo:

—¿No me necesitan a mí?

—No, doctor. Quédese también y usted también, Lanson.

Nadie, excepto el coronel, tuvo nada que objetar. Luego el piloto añadió:

—Ahora salgan todos, por favor.

Hanseen, como siempre, obedeció gruñendo, luego quedaron a solas en la cabina Din Demara y Rippi. El doctor fue el último en irse y antes de hacerlo advirtió:

—Tengan mucho cuidado. Ese edificio no está ahí para hacer

bonito. Eso, lo que sea —y señaló al exterior— está alumbrado por las paredes. Ustedes lo han dicho.

Din asintió.

—Si lo destruyen —siguió el doctor— no se sabe lo que puede ocurrir.

CAPITULO VI

El bólido estaba listo para emprender el vuelo. En realidad, necesitaba muy poco, únicamente poner en marcha los propulsores para el despegue vertical con velocidad regulable.

Aquella clase de naves unía a la facilidad de su manejo una gran variedad de marchas y sistemas de vuelo.

Din conectó los dispositivos y pulsó el botón para el elevado vertical, tiró de la palanca y el bólido subió nuevamente, elevándose por encima de las cabezas de las treinta y siete personas que quedaron abajo aguardando.

Rippi comentó:

—¿No estás muy decidido a poner en práctica el plan del coronel, verdad?

—No. No lo estoy, pero considero que a veces la amenaza puede surtir efecto. Lanzaremos unos rayos de aviso. El láser ofensivo es muy efectivo y los que están dentro, si se dan cuenta, tal vez se dignen contestarnos.

El aparato se aproximó con la misma suavidad al edificio cuyo techo estaba igualmente cerrado sin aberturas ni huecos de ninguna clase.

—Lanza el mensaje —ordenó Din, al tiempo que graduaba los pequeños cañones de la nave y de ellos hacía fluir un par de rayos.

No apuntó al edificio. No hizo nada para perforar la plancha metálica. Se limitó a una exhibición que cruzó rauda el espacio rozando las aristas de la construcción.

Los rayos se perdieron en la lejanía dejando una intensa estela a su paso. Eran como dos estrellas con una cola interminable que se iba difuminando a medida que avanzaban para desaparecer en el infinito.

—Mensaje lanzado —dijo Rippi.

Din lanzó otros dos rayos que de nuevo rozaron el edificio.

Casi al instante en la pantalla detectora se produjo una señal y en seguida aparecieron unos signos cabalísticos.

—Es una respuesta en clave —murmuró Rippi.

—Pásala a la computadora. Existirá una traducción —repuso Din, dando otra vuelta sobre el edificio.

Rippi pulsó una clavija y la computadora entró en funcionamiento para descifrar el mensaje recibido.

La respuesta no podía ser más escueta ni más contundente:

—Si destruyen el cerebro generador de la isla, todo desaparecerá en el espacio, incluida su nave.

—Bien —murmuró Rippi, después de un silencio—. Ya sabemos lo que queríamos. Hay gente. Y además, nos amenazan.

—Puede ser una baladronada, claro... Es evidente que saben que podemos destruirlos, pero... ¿Y si dicen la verdad?

—Nunca creí que decidir fuera tan difícil, Din. Lo siento. Eres tú quien debe decir la última palabra.

—Hay una cosa cierta, Rippi. La luz de esa Isla —como ellos la llaman— procede del edificio, y esa isla no se sostiene en el espacio por casualidad. No. No atacaremos. Vamos a regresar, pero antes...

Hizo girar el aparato para aproximarse el máximo posible. Quería estudiar detenidamente desde el aire aquel edificio singular, sin huecos en cuyo interior había seres vivos.

—Deben tener una entrada subterránea —dijo al fin Din, tras un largo silencio—. Entre la vegetación. ¡Debió ocurrírseme antes! Tenemos que buscar esta entrada.

Seguidamente puso rumbo a la plazoleta para tomar nuevamente contacto con la Isla.

El coronel Hanseen les recibió de uñas:

—¿Por qué diablos no han atacado?

—Hemos recibido contestación a nuestro mensaje —repuso Din—. Si atacamos y destruimos el edificio, todo se vendrá abajo, y puede que tengan razón.

—¿Les han contestado?

—En la computadora de la cabina está descifrada la clave del mensaje que hemos recibido —repuso Din—. Vaya a verlo si quiere.

Antes de que el coronel pudiera contestar, Rippi observó a la gente. La contó mentalmente y exclamó:

—¡Eh! ¡Aquí no están todos!

El coronel contestó altivamente.

—¡No! Mandé a dos expediciones para que exploraran.

—¡Le dije que permanecieran juntos! —exclamó Din Demara, a su vez.

—Usted me dejó al mando de la gente —protestó el coronel.

—Pero con la orden expresa de que se quedaran juntos.

—Se lo advertí —intervino el doctor—. Pero fue inútil.

Din contó a la gente. Faltaban ocho.

—Mandé dos expediciones. Han tomado distinto camino del de ustedes. Estoy en contacto con ellos.

Y mostró uno de los radio—receptores.

—¡Déme eso! —Y de un tirón, Din arrebató la radio al coronel para lanzar un mensaje—: ¡Óiganme todos! Les habla Din Demara. Regresen inmediatamente, se encuentren donde se encuentren.

La respuesta llegó de Lanson.

—He perdido el contacto con los demás, Demara. Se han vuelto locos. Sólo traigo a uno conmigo.

—¡Eso es lo que ha conseguido! —gritó Din al coronel.

—¿Y usted lo hizo mejor? —afeó el militar—. Al fin y al cabo, sólo han perdido el contacto. Esto no quiere decir nada.

Se hizo un silencio, luego a través del receptor se oyó un grito tremendo. La exclamación de un hombre al que estuvieran torturando.

—¡Cielos! ¿Qué es esto? ¡Lanson! ¡Conteste!

Era Din quien pedía información.

Lanson se hizo esperar unos momentos para contestar a través de las ondas.

—Yo también he intentado localizar ese grito, Demara. No sé de dónde proviene, pero pienso que debe de ser alguien de la otra expedición.

—¿Dónde está usted, Lanson? —inquirió el piloto.

—Muy cerca. Pronto me verá. Estoy saliendo de la espesura.

Todos los ojos se volvieron hacia la misma dirección.

La espera se hizo interminable, sin embargo sólo transcurrieron uno o dos minutos antes de que Lanson apareciera con el cuerpo de un nombre cargado en su hombro.

De los demás, por el momento no había el menor rastro.

Din accionó nuevamente la radio y ordenó:

—Soy Din Demara. Vuelvan. Regresen todos. Es una orden.

Pero por respuesta no obtuvo más que un absoluto silencio.

Lanson llegó hasta donde estaban y dejó en el suelo el cuerpo de un hombre. Era uno de los que habían ido con él en la expedición. Se llamaba Derson. Estaba inconsciente.

CAPITULO VII

Mientras Onda atendía a Derson dándole a oler unas sales, Lanson explicó:

—Tuve que golpearle. Quería irse por su cuenta. No pude impedir que los demás lo hicieran. Sólo logré retener a éste. Siento haber tenido que hacerlo, pero era necesario. Esta selva es como una trampa. Alguien está al acecho...

Derson comenzó a volver en sí.

—Ya está mejor —dijo Onda.

—Lo siento, amigo —se disculpó Lanson, puesto en cuclillas sobre el recuperado Derson.

—Sabes atizar fuerte.

—Dame las gracias. A estas horas quién sabe lo que te hubiese ocurrido.

—¿Y los demás? —inquirió Derson.

No hubo respuesta. Nadie había regresado todavía y cada vez eran menores las esperanzas de que lo hicieran.

—¡Oh, se me olvidaba! —dijo entonces Lanson, interrumpiendo un largo silencio.

Y sacó algo del bolsillo que lo tendió a Din.

Era como un brazal sujeto con una costura a modo de cremallera vegetal.

Din lo tomó en sus manos y leyó: «Blanco—7».

Rippi lanzó un respingo.

—¡Es de un piloto!

—Raydon... Lomy Raydon... Pilotaba un bólido del mismo modelo que el nuestro —repuso Din.

—Eso quiere decir que estuvo aquí —murmuró Rippi.

La gente, las treinta y una persona que quedaban, mujeres en su mayor parte guardaban silencio, pendientes del descubrimiento del piloto.

—¡Rippi! Ve a ver cuándo tuvimos la última comunicación con Raydon., Onda inquirió:

—¿Conocían ustedes a este piloto?

Din asintió mientras Rippi iba a buscar el informe pedido por jefe:

—Raydon y yo somos de la misma hornada. Era un excelente piloto. Tuvimos ocasión de comunicarnos en un par de ocasiones... Es extraño que no nos hablara de este lugar, sin embargo, este brazal demuestra que ha estado aquí.

—¿Y esto puede ser mala señal? —preguntó Onda otra vez.

—No lo sé... Pero un brazal así no se pierde por casualidad... No se desprende sin un motivo...

Se hizo un silencio. Lenkor adujo:

—¿Una pelea?

Antes de que Din pudiera contestar, Rippi saltó de la nave para anunciar:

—Siete meses. Raydon comunicó con nosotros hace siete meses. Dijo que avanzaba por las 2002—Abder de las coordenadas. Es la misma ruta que hemos seguido nosotros. Esto está en la Abder de las coordenadas 2002 exactamente.

—¿Y desde entonces no volvimos a tener contacto con Raydon? —murmuró Din.

—No.

—No hay duda de que estuvo aquí... Y posiblemente nunca salió —y miró a todos.

Las mujeres estaban asustadas. Los pocos hombres que quedaban guardaron silencio. Excepto el coronel.

—Bueno. Esto parece un cuento para asustar niños. Aquí hay enemigos ocultos. Cierto. Nos hemos equivocado al enfocar la manera de atacarlos... Pero no podemos cruzarnos de brazos y empezar a temblar...

—Nadie tiembla, Hanseen —cortó el piloto—, pero ya hemos perdido a demasiada gente. Creo que lo mejor es levantar el vuelo y

alejarse...

—¿Y dejar que los que han desaparecido se queden aquí para siempre?

—Me temo que se quedarán intentemos lo que intentemos...

—Sería un sacrificio inútil. Un acto de cobardía para nosotros.

—Piense lo que quiera, coronel, pero no admitiré ninguna sugerencia que no tenga un mínimo de razonamiento.

—¡Ataquemos! Arrasemos la selva. Dejemos sólo el edificio. ¡Que salgan entonces a dar la cara!

Intervino nuevamente Lenkor.

—Quienquiera que viva aquí ha hecho una obra muy meritoria, Hanseen. Esta vegetación es verdadera, tiene vida propia. Es la esencia de esta isla. No. Destruir, no. Ya hemos destruido bastante. Hemos destruido tanto que nos quedamos sin lugar para vivir. Nuestra historia está llena de guerras, de luchas para arrojar de sus moradas a sus legítimos dueños. Y por lo visto no estamos escarmentados todavía... Nos han advertido claramente. Nueve de nosotros han desaparecido ya...

—Usted es pacifista, doctor. No hace falta que lo diga —gruñó el coronel.

—Lo soy y si todos hubiesen pensado como yo, ahora no tendríamos que vagar por el espacio. Insisto. No me adhiero a la destrucción.

—¡Es una cuestión de supervivencia!

—Destruyendo no se sobrevive, coronel. Lo siento. Hagan lo que quieran. Yo no lucharé.

—Un momento —intervino Din—. Quizá no hayamos agotado todos los recursos... Han desaparecido unas personas y cuesta abandonar esto sin buscar las causas.

—Empieza a razonar —adujo el coronel.

—Sí, pero no pienso en destruir como usted, coronel... Dije que quizá no habíamos agotado los medios.

—¿En qué piensa, Demara? —preguntó Lanson.

—Esto es como una guerra primitiva, aunque dispongamos de armas totales. El enemigo está al acecho y nos teme, porque podemos destruirle aunque sea a costa de nuestra propia desaparición. Bien... ¿Cuál es el medio de hacer salir a nuestro enemigo?

Hubo un silencio.

Din Demara continuó:

—¿Qué dice, coronel? En cualquier guerra es necesario conocer al enemigo para poder luchar en condiciones de vencerle, pero si el enemigo se oculta, ¿cómo sacarle de su madriguera? —Un cebo... —murmuró el militar.

—Exacto. Hay que tenderle una trampa para que pueda caer en ella...

En aquellos momentos, en algún lugar del interior del edificio, una mano sostenía una radio, igual a las utilizadas en la nave de Din Demara.

A través de la radio habían llegado nítidamente las palabras del piloto:

—«...una trampa para que pueda caer en ella.»

* * *

—Me ofrezco a ser el cebo —dijo Lanson—. Siga con su plan.

—Esta vez déjeme intervenir a mí, Din —adujo Rippi...

—Personalmente pienso que debería ir conmigo, Demara —adujo Lanson—. Él y yo ya hemos efectuado una exploración.

—Sí. Yo también pienso lo mismo.

Rippi iba a protestar, pero Din le atajó, diciéndole:

—Tú también tomarás parte, pero de otro modo. Tomarás la nave y darás un rodeo.

—¿Para qué?

—Sin duda, «ellos» pueden vernos. La nave distraerá su atención.

El receptor que alguien sostenía en sus manos en el interior del extraño inmueble seguía transmitiendo con toda claridad el plan del piloto Demara.

—Eso nos permitirá a Lanson y a mí tener más libertad. Mi plan es el siguiente...

Hizo una pausa y dirigiéndose a Lanson, añadió:

—¿Recuerda la última bifurcación, a unos veinte minutos de distancia de donde nos hallamos?

—Sí.

—Bien. Usted permanecerá allí buscando en el suelo...

—¿Buscando?

—Sí. Rippi y yo hemos pensado que el edificio tiene una entrada secreta y esa entrada sólo puede hallarse en el suelo. Digo que es sólo una suposición.

—Parece aceptable —admitió Lenkor, que permanecía atento como los demás.

—¿Cree que la entrada se halla en ese sector? —preguntó Lanson.

—Eso no lo sé, pero está aproximadamente en el lugar donde vimos desaparecer al hombre viejo. Lo perdimos un instante y se esfumó.

—Sí, pero esto está lejos de donde Checor desapareció —hizo notar Lanson.

—Puede que haya más entradas o puede que le llevaran hasta allí.

—Nos hubiera advertido.

—Quizá no le dejaron...

Lanson lo admitió y añadió:

—De acuerdo, siga. Yo buscaré.

—En realidad mataremos dos pájaros de un tiro. Puede que no encuentre nada, pero quizá consigamos que alguien se fije en usted... Mientras, yo aguardaré en la maleza. En aquella zona es bastante tupida. Si alguien intenta atacarle, saldré yo. Por supuesto me mantendré en contacto con la base... Bueno. Llamemos base a esto. ¿Alguna objeción?

—¿Y las armas? —inquirió el coronel.

—Las armas están bajo llave. El doctor Lenkor cu; dará de esa llave. Tómela, doctor —y el piloto se la entregó, añadiendo seguidamente—: Si requiero la ayuda todos lo pediré de forma expresa y sólo entonces el doctor abrirá el armero para darles a cada uno arma.

—¿Y si nos atacan mientras ustedes están fuera —rugió el coronel, encolerizado una vez más.

—En este caso podrán hacer uso de ellas.

—¿Por qué no nos las da ahora?

Intervino otro de los hombres. Era de edad median y no había intervenido en ninguna de las anteriores exploraciones. Tampoco se ofreció para ir.

—¡Sí! El coronel tiene razón. Estamos a merced de un enemigo invisible y usted se obstina en dejarnos indefensos.

Rippi comprendía perfectamente los motivos que tenía su jefe para hablar de aquella forma y Lenkor tara bien. En circunstancias en las que el pánico es propensa dominar a las personas un arma mal usada puede se fatal, sobre todo aquella clase de armas, capaces de destruir en escasos momentos toda la isla flotante.

Un par de mujeres comenzaron a gritar.

—Es mejor marcharse de aquí... Ya hemos perdido demasiados hombres.

—¿Qué será de nosotros?

—¡Marchémonos!

El doctor miró un momento a su hija y murmuró:

—Intenta calmarlas, Onda.

—Sí, papá.

A las dos mujeres se les unió un coro con cine o seis voces histéricas.

Ninguna de las que gritaba sabía exactamente lo que quería. Lo único que pasaba era que estaban dominadas por el miedo.

—¡Que nos den las armas!

—Salgamos de este lugar condenado.

Onda se metió entre ellas.

—Calmaos, por favor. Sé que todos estamos asustados, pero si nos dejamos dominar por el pánico, será peor. Confiad en Din Demara. Él es el responsable.

—¡No quieras convencernos!

—¡Cállate ya!

—Escuchadme...

—Tú harás todo lo que Demara ordene. Ya lo sabemos... Ya nos hemos dado cuenta de cómo le miras.

—Sí, pones ojos tiernos... ¡Fuera!

Por un instante el color de la tez de la muchacha cambió, asomando a sus mejillas un ligero rubor.

El griterío continuó, pero Onda reaccionó rápidamente y alzando la voz ordenó silencio.

—¡Callaos ya! ¡Estáis histéricas y no sabéis ni lo que queréis ni lo que decís!

—¡Cállate tú!

Dos de las mujeres, de unos treinta años, se envalentonaron y avanzaron decididas a agredir a Onda.

—Esto terminará mal —murmuró Rippi—. Hay que hacer algo.

—Sí —adujo Din, pero el doctor Lenkor les detuvo con un ademán.

En aquellos instantes, Onda, con una sola mano, detuvo a una de sus presuntas agresoras. La otra se le echó encima, pero en un instante fue volteada con habilidad por Onda.

Entonces intervino una tercera mujer, alta hombruna, sin ninguna feminidad y trató de poner en práctica una llave, pero Onda supo esquivar y derribarla de un golpe aprendido en las últimas técnicas de la lucha personal.

Cuando la primera de las luchadoras volvió a la carga, recibió un golpe seguido de un volteo.

Onda estaba en medio dominando la situación, sin estridencias. Todo parecía haberlo realizado sin el menor esfuerzo.

—¿Y ahora me escucharéis? —murmuró suavemente.

—¡Caramba con la chica! —sonrió Rippi—. ¿Qué me dices de esto, Din?

—Que nos hacía falta una muchacha así.

El doctor sonrió.

—Hay que saberse defender..

Lanson observaba también a la muchacha con admiración. Lanson, alto, atlético, poco hablador, como siempre, era de esas personas que con la mirada parecen escrutarlo todo, adivinando más allá de los propios pensamientos.

Había renacido ya el silencio, cuando alguien señaló hacia un lado.

—¡Eh, miren!

Cuando todos se volvieron, pudieron ver cómo regresaban dos expedicionarios del otro grupo. Avanzaba» con aspecto demudado, agotados, cual si hubiesen efectuado una caminata de muchas millas.

CAPITULO VIII

Los dos hombres se hallaban sentados en el suelo. Los supervivientes les rodeaban ansiosos de saber lo ocurrido.

El doctor Lenkor acababa de atender al segundo, auscultándole el pecho con uno de los modernos estetoscopios.

—Respiración agitada. Eso es todo. Se pueden examinar más detenidamente en el quirófano de urgencia de la nave.

—Ahora estamos bien, doctor —dijo el recién reconocido—. Al menos yo. En realidad no sabemos lo ocurrido.

—¿Quién les ha atacado? —preguntó Din.

—Nadie. —Se miraron—. Atacarnos, nadie.

—No. No se trata de eso —murmuró el otro.

—Entonces...

—Kim llevaba la radio y se separó un poco, junto con el otro compañero. De pronto oímos un grito tremendo.

—Sí. Eso también lo hemos oído nosotros, a través de la radio —repuso Din Demara.

—Bien... Nosotros gritamos. Tratamos de encontrarles, pero ya no estaban. Entonces... —el que narraba la situación tragó saliva, se detuvo como si no acertara a continuar.

—Hay que decir la verdad —intervino el otro—. Nos entró miedo... Echamos a correr y supongo que nos perdimos.

—Pero..., ¿vieron a alguien? —inquirió Lenkor.

—No... No —balbucieron casi a la vez. Luego uno de ellos añadió:

—Corrimos, eso es todo. No podíamos comunicarnos porque no teníamos la radio. Y nos perdimos. Hay lugares muy intrincados.

—Además... hay trampas —terminó de decir el otro como si hasta entonces no se hubiese atrevido.

—¿Trampas? ¿Qué clase de trampas?

—unos agujeros... Entre la hierba. Uno cree que va a pisar firme y de pronto... se cae.

—¿Os habéis caído en alguna de esas trampas?

Lanson observaba atentamente a los dos hombres a los que, indudablemente, se les estaba pasando el susto recibido, si bien continuaban aún con cierta agitación.

—No, no... No hemos caído, pero las hemos visto.

Din y el doctor cambiaron una mirada. Lanson cortó el breve silencio para decir:

—Demara, cuando quiera podemos ponernos en marcha. Si prefiere cambiar el rumbo que ha fijado primero...

—Sí, Lanson. Sólo cinco minutos. Luego nos pondremos en marcha. Ahora quiero grabar unas instrucciones a la computadora... para lo que pueda ocurrir. ¿Vamos, Rippi?

Subieron ambos a bordo del bolido. Los demás continuaron junto al aparato, agrupándose en torno a los que acababan de llegar.

El doctor se ofrecía a hacerles una revisión completa.

—No, no. Ahora yo estoy bien. Creí que jamás volveríamos a regresar.

—Yo también lo creí.

Derson se aproximó para decir algo, pero Lanson habló primero:

—¿De veras no habéis visto nada?

—No —contestaron al unísono los dos.

—Y esas trampas... ¿Hacia qué lugar estaban?

—Pues... No sé. Por allí... Por aquel lado —señalaron un punto.

—¿A qué distancia están? —intervino Derson ahora.

—A unos... Es difícil de calcular. Pero a, unos diez minutos de recorrido, pero luego hay que saber volver y nosotros nos enredamos... Teníamos miedo, ésa es la verdad.

Derson pensó algo, pero calló.

Entretanto en el mismo lugar del edificio, una sombra junto al radioreceptor seguía estando al corriente de lo que se estaba comentando alrededor de la nave.

Lo que no podía oír era lo que hablaban Din Demara y su ayudante en la cabina de mandos.

—No hay duda de que aquí ocurre algo extraño. Esos dos hombres mienten.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero mienten. Dicen que hay trampas ocultas, cubiertas por el césped y aseguran que no han caído en ellas. ¿Cómo saben que existen entonces?

—Bueno... Tai vez les avergüence confesarlo... —Tienen miedo. Y eso sí lo han confesado. Cuando un hombre acepta tener miedo, ya no tiene que ocultar nada más. A menos que... —Y Demara quedó pensativo, sin continuar.

—Pero esas trampas...

—Existen. De eso estoy seguro. No lo habrían inventado. Es más. Lo dijeron como si se les hubiese escapado. Se miraron en seguida. Luego insistieron en no haber caído, pero haberlas visto. El doctor Lenkor también captó ese detalle.

—¿Piensas seguir adelante con la trampa?

—Sí.

—¿Variarás el rumbo?

—No de momento. Me interesa operar en un lugar favorable. Internado entre los setos, podría fracasar. Y esta vez no pueden haber fallos.

Seguidamente, Din anotó algo que luego traspasó a la computadora. Después salió, dejando dentro a Rippi.

—Puedes empezar el vuelo. Lanson y yo saldremos ahora mismo.

Estas últimas palabras llegaron hasta la radio y fueron transmitidas hacia el interior del edificio y escuchadas por la misma persona que tenía otro receptor igual.

«Lanson y yo saldremos ahora mismo.»

Una voz sibilina comentó:

—Un cebo... Vamos a ver quién cae en esa trampa... Ahora ya conozco tus planes, señor Demara.

—Vamos —dijo Lanson—. Yo iré delante. ¿Es así como lo quiere, eh?

Din asintió.

Derson salió de entre los demás y avanzó hacia Din.

—¡Eh! ¿Puedo hablar con usted?

—Ahora no, Derson. Es importante terminar cuanto antes lo que estoy intentando.

—Sí, claro, pero es que...

Din miró cómo el aparato se elevaba ya sobre sus cabezas.

—Después, cuando regrese, Derson.

Din siguió avanzando. Derson se quedó indeciso.

Alguien había oído aquellas palabras:

«Después cuando regrese.» Y ese mismo alguien, el de la voz sibilina, soltó una extraña risa:

—¿Y quién te dice que vas a volver, piloto Din Demara? —dijo entre dientes.

Lanson avanzaba por el sendero que conducía a la confluencia de acuerdo con las instrucciones de Din Demara.

La atención de ambos, con los sentidos en tensión, se repartía por todas partes. Los dos parecían prestos a defenderse del menor ataque, y por ello tenían las manos muy cerca de la pistola, que no dudarían en utilizar.

A más de la mitad del camino, entre la fronda exuberante y fresca, Lanson siguió la marcha por una bifurcación. Din, examinó unos momentos el terreno y observó que su compañero había tomado un camino diferente.

—No es éste —se dijo para sí, y alzó la voz para llamarle—: ¡Lanson!

La distancia entre los dos hombres era de unos diez metros aproximadamente, pero Lanson, al desviarse, había quedado oculto por la maleza abundante.

—¡Lanson! No es por aquí —exclamó Din otra vez, acelerando el paso.

—¡Cuidado, Din! —gritó entonces Lanson.

—¡Lanson!

Lanson no respondió. Din asomó justo a la curva y tampoco logró verle.

—¡Lanson! —gritó una vez más, con los sentidos tensos y los reflejos preparados para cualquier eventualidad.

De alguna parte surgió un fogonazo. Era un rayo. Un rayo como el de las armas que ellos portaban. Din Demara se lanzó al suelo y disparó a su vez de forma instintiva.

El rayo, prendió en unas ramas, que comenzaron a arder.

—¡Lanson! —volvió a llamar.

—¡Estoy aquí! —repuso entonces la voz de su compañero.

Din se metió entre la maleza.

—El fuego, el fuego... Esto arderá todo —murmuró entonces la voz jadeante de Lanson.

—¿Dónde está? —inquirió el piloto.

Lanson salió de entre la espesura con una rama entre las manos, dispuesto a abatir las llamas.

—¡Ayúdeme!

Din cortó otra rama y comenzó a golpear contra el ramaje incendiado. Pronto pusieron fin al fuego. Lanson lanzó un suspiro.

—Por poco me da a mí —murmuró.

—¿Quién disparó? —preguntó el piloto a su vez.

—No lo sé. Vi una sombra y le advertí. Yo me lancé hacia esa parte.

—Alguien disparó con una arma como las nuestras...

—Es lógico. Los que desaparecieron iban armados. «Ellos» se han quedado con las armas...

—Sí... Ya he pensado en eso.

Hubo un silencio que Din interrumpió para inquirir:

—¿Cómo era esa sombra que vio, Lanson?

—No podría describirla, cruzó de pronto. Era como..., como si nos estuviera esperando.

—Y puede que fuera así, Lanson.

—¿Por qué? ¿Cree acaso que... pueden oírnos?

—Sí, Lanson, lo creo... Ellos se han llevado algunas de nuestras armas y un aparato de radio. No lo olvide.

Lanson abrió los ojos más de lo normal.

—No se me había ocurrido.

—Cierre su receptor.

—Sí.

Din cerró el suyo.

—Ahora ya no pueden oírnos.

—¿Quiere que continuemos con el plan?

—No. Sería inútil. «Ellos» están al corriente. En vez de ponerles una trampa seríamos nosotros los cazados. Será mejor regresar. Ya han intentado matarnos... y esta vez con nuestras propias armas. Ahora, por lo menos sabemos algo.

Lanson aguardó a que el piloto siguiera y Din concluyó:

—Quieren eliminarnos. Una buena excusa para el coronel. Seguro que él decidiría atacar.

—De eso no cabe duda —admitió Lanson.

—Será mejor no hablar de lo ocurrido. Diremos simplemente que la

trampa no ha dado resultado. No es que pretenda ocultar nada. Es simple precaución. Los ánimos están excitados. Demasiado excitados. No quiero dar pie para que haya divisiones.

—Le comprendo —murmuró Lanson.

Din volvió los ojos hacia lo alto, observó el bólido pilotado por su ayudante y conectó la radio para informar:

—Rippi. Ya puedes regresar —y cortó.

Din y Lanson andaron en silencio el camino de regreso. Pensativos los dos. La nave evolucionó brevemente para dirigirse hacia la improvisada base.

—¿Viste algo desde la nave? —preguntó Din a solas con su ayudante.

Estaban en la cabina de la nave. Din había contado a Rippi lo ocurrido entre la maleza.

—No. Yo tenía los ojos puestos en ese edificio. Puedo asegurarte que no vi entrar ni salir a nadie...

—Es extraño.!. Lanson vio una sombra y no puede describir nada. Sin embargo, no fue un espejismo. Alguien nos atacó y lo hizo con nuestras propias armas...

Unos golpes interrumpieron el silencio. Era Derson.

—¿Qué quiere usted? —inquirió Rippi.

—Déjalo. Antes quería hablar conmigo —repuso el piloto—. Pase, Derson.

—Gracias... ¿Podría hablarle a solas?

—A solas estamos. Rippi es mi ayudante. Si no confiara en él...

—Bueno, es que se trata de... —Derson parecía temeroso de hablar.

—Hable con toda franqueza, Derson. Entre nosotros, debe hacerlo.

—Se trata del ataque de que fuimos objeto... Bueno. Nadie vio nada en realidad, pero no hay duda de que nos atacaron.

—De acuerdo, siga —invitó Din.

—Verá... era Lanson quien nos conducía. El daba las instrucciones y... —dudó un instante antes de continuar—: No quisiera que pensarán que trato de acusar a nadie, pero Lanson...

Din y su ayudante cambiaron una mirada, aquello empezaba a ser interesante:

—¿Qué pasa con Lanson? —adujo Din, animando de nuevo a Derson para que prosiguiera su entrecortado relato.

—El nos dijo por dónde debíamos pasar. Yo... Yo me desvié. En realidad empezaba a tener miedo... Ese silencio... Si alguien me atacara de frente, me defendería. Y estoy seguro de que no llevaría la peor parte en una lucha, pero así..., andando a tientas... no sé, sentí miedo y quise volver... Tomé otro camino. Entonces empezó todo...

—De acuerdo, Derson. En realidad todos nos sentimos algo intranquilos. Estamos viviendo en una continua tensión. Lo desconocido siempre causa un cierto temor.

—Usted lo ha dicho...

—Pero siga, Derson, por favor... ¿Vio usted algo que le haga inducir a pensar que Lanson pueda tener algo que ver con lo ocurrido?

—Yo no he dicho esto.

—¡Al diablo, Derson! ¿Por qué andarse con rodeos? Hable claro.

—Bueno... el caso es que, entre la maleza creí oír unas voces...

—¿Voces?

—Sí, señor... Lanson estaba hablando con alguien.

—Sería alguno del grupo.

—Eso pensé yo al principio..., pero luego he estado reflexionando... No había nadie.

—¿No había nadie? —terció Rippi, cambiando otra mirada con su jefe.

—No. Los demás —siguió Derson— habían tomado la delantera. Entonces oí los gritos, pero Lanson seguía allí. ¡No hizo nada! Estaba solo. Hablando con alguien...

Se hizo un silencio.

CAPITULO IX

La noche no existía en aquella alfombra flotante. La luz que irradiaba la construcción inasequible proporcionaba la claridad suficiente que se mantenía sin ninguna oscilación.

La temperatura templada hubiera hecho pensar que aquello era, un trozo de paraíso, de no ser por la tensión de los que, involuntariamente, se hallaban allí y por el misterio que rodeaba aquellas desapariciones.

Acampados en derredor de la nave, hombres y mujeres permanecían silenciosos. Parecían esperar. Esperaban en realidad. Pero ¿qué?

¿Qué podían esperar?

Rippi observaba a todos mientras Din Demara había hecho una nueva inspección.

Se aproximó para preguntar a su ayudante:

—¿Has visto a Lanson?

—No. Pero hace un momento estaba aquí. Habló con Onda.

Din se dirigió hacia la muchacha, a la que las mujeres miraban con cierto respeto. Onda estaba entregada en la contemplación de aquel hermoso panorama.

—Es hermoso esto —murmuró cuando vio que Din estaba junto a pila.

—Hermoso, sí lo es. También son hermosas las pieles de ciertos animales salvajes, pero cobrarlas resulta peligroso.

—Ya no quedan animales salvajes en nuestro planeta —murmuró ella, sonriendo con una cierta amargura—. La civilización llegó hasta las selvas vírgenes. Todo desapareció.

—Creo que todos añoramos lo perdido... Pero mientras se perdía

nos cruzábamos de brazos en nombre del progreso.

—No. Yo, no. Y otras personas tampoco, como Hank Bretoll.

—¿Hank Bretoll?

—Mi padre cree que él fue quien creó esto... Es maravilloso. Debió hacerlo para que nada se perdiera... Me refiero a la naturaleza. Aquí hay toda la flora condensada. Crece y vive...

—Onda... —interrumpió Din, mientras ella seguía con una actitud soñadora, llena de añoranzas, de recuerdos.

—¡Oh, perdone! —reaccionó la mujer.

—Su padre me habló de ese profesor, pero me dijo que según sus cálculos estaría ya muerto... Nunca volvió a dar señales de vida.

—¿Vida? —sonrió ella—. Aquí está la vida. Plantas hermosas... Seguro que el profesor Hank debe de haber encontrado el abonó orgánico preciso para hacerlas crecer.

—¿Su padre cree que...? Bueno, ya hablaré con él, ahora me interesa Lanson. Sé que estuvo hablando con usted. Le andaba buscando.

—¡Oh, Lanson! —sonrió ella.

—¿Sabe dónde está?

—¡Oh! Por ahí, supongo. A él también le encanta todo esto...

—¿A Lanson?

—Sí. Era botánico. ¿No lo sabía?

—¿Botánico? —inquirió Din, como si hubiese escuchado el nombre de una profesión absurda.

—Bueno. En nuestra época no abundaban —reconoció ella—. Pero siempre han habido seres enamorados de la naturaleza..., antes de que se perdiera totalmente.

—Necesito hablar con él. Excúseme, Onda.

—Claro, Din... —sonrió ella.

Le hubiera gustado quedarse con aquella muchacha.

Era bonita. Tenía algo extraño en la mirada y le gustaba la naturaleza, las plantas, las flores... ¿Y a quién no?

Pero Din necesitaba poner algunas cosas en claro, verificar con tiento la sospecha de Derson.

Avanzó alejándose de la improvisada base. Lanson parecía haberse adentrado por la maleza y Din tomó uno de los senderos. Lanson no daba señales de vida.

Avanzó un poco más y observó un claro. Allí estaba su hombre, parecía abstraído, ajeno a todo excepto su mirada, fija en las exuberantes plantas.

—Lanson —llamó Din, sin levantar la voz.

—¿Es usted, Din? —inquirió sin volverse.

—Quisiera hablar con usted, Lanson —dijo Din, intentando sentarse a su lado.

—¡No! Aquí, no —repuso el otro—. No se siente sobre ese césped... Debíó costar mucho hacerlo brotar. Este es un clima extraño. Siéntese al otro lado.

—Le gusta mucho todo esto, ¿eh? —inquirió Din a su vez, observando la extraña actitud de Lanson.

—Es fascinante. Difícil de conseguir una naturaleza como ésta... Es idéntica en todo a la que hubo una vez en nuestro planeta... —cambió de tono para recordar—: Ya sabe que también me opuse a las pretensiones del coronel. El quería destruir esto. Sería un crimen.

—Sí. Usted se opuso. Ciertamente, pero... Me parece verle cambiado, Lanson. Antes me parecía un hombre de acción. Ahora, de repente, le veo como...

—¿Como un romántico soñador? —sonrió el hombretón, creyendo comprender a Din.

—Bueno. Pienso que ya no le importan los problemas.

—Estudié botánica, ¿sabe? No había mucho donde aprender, pero las plantas que vi grabadas en los libros las he visto de pronto tal y como son. He empezado a pensar y pensar... El mundo que destruimos poco a poco debió ser maravilloso.

—Lanson... Quiero hablar con usted de algo muy serio —cortó el piloto.

—Yo también le hablaba en serio, Din.

—Yo me refiero a la gente que tenía usted a su cargo cuando realizaron la exploración.

—¡Ah!

—¿Qué pasó exactamente, Lanson?

—Creí que ya lo sabía usted todo.

—No, Lanson. Todo, no.

Lanson cambió una mirada larga con su interlocutor, que permanecía a la espera de una respuesta.

—No sé a lo que se refiere.

—Usted estuvo hablando con alguien... que no era del grupo, Lanson. Le oyeron.

—¿Sí? —preguntó a su vez el interrogado, volviendo a la

contemplación.

—Déjese de hacer el distraído, Lanson. Le hablo de una forma oficial... Varias personas han desaparecido.

—Y otras desaparecerán..

—Es lo que trato de evitar... Pero a usted, esto parece agradarle... ¡Vamos, Lanson! —Din se puso en pie y su tono se hizo más autoritario—. Quiero una explicación concreta. Por eso le he buscado a usted, para que hablásemos a solas.

Lanson ni se movió. Sentado, sin mirar a Din, terminó por declarar:

—Siento tanto como usted lo que ocurre a esas personas, pero es inevitable. Los castigos siempre son inevitables.

—¿De qué diablos está hablando?

—De nada. Usted no lo entendería... —y se levantó. Se volvió un instante para añadir, mirando a Din cara a cara—: No tengo nada contra ustedes. Yo no les hice venir aquí. Todo fue casual, ¿verdad?

—No le entiendo.

—No trate de entenderlo, Din. Sólo le ruego que me deje en paz. Necesito meditar.

—Escuche, Lanson...

—¡No, Din! Ahora no quiero hablar, déjeme. Por favor...

No era la corpulencia del rubio Lanson, ni su momentánea actitud agresiva lo que hizo desistir a Din de su empeño en hacerle hablar.

Fue en todo caso su manera de decir: «Por favor.»

De repente le pareció un hombre inmerso en un mar de confusiones, un hombre que necesitaba decidir algo importante.

—Le espero en la cabina dentro de una hora, Lanson. Le espero. No falte a la cita.

Din se volvió.

Su comprensión, su sentido de la libertad, le perdió aquella vez, porque la actitud de Lanson cambió por completo en un instante. De

su canana surgió una pequeña pero contundente vara metálica que esgrimió contra Din.

El piloto se volvió en el último instante, como, si su sentido de la propia conservación le hubiese hecho intuir el peligro.

—¡Lan...! —gritó, pero no pudo terminar la frase.

El tremendo golpe alcanzó la nuca de Din, que se desplomó.

Rápidamente, su agresor se inclinó hacia él, comprobando que se hallaba inconsciente.

—Lo siento, amigo —murmuró—. Pero tú también...

Iba a cargarlo sobre sus hombros, cuando escuchó la voz femenina que llamaba:

—Din... ¿Está ahí?

Era Onda.

Su padre iba también con la muchacha y llamó al piloto:

—Din...

De su canana, Lanson sacó una pistola.

CAPITULO X

Cuando Onda asomó, sólo pudo ver el cuerpo de Din Demara, inconsciente aún, tumbado sobre el sendero.

—¡Aquí está, papá! —exclamó la muchacha.

El doctor se apresuró para reunirse con su hija.

—¡Cuidado! —exclamó al llegar. Aguzó el oído y añadió—:, Alguien anda por ahí.

No se equivocaba, porque momentos antes de que Onda apareciese en el lugar donde se hallaba el piloto, Lanson había desaparecido, ocultándose entre la vegetación.

El corpulento y atlético rubio seguía ostentando en su mano derecha la pistola, que sin embargo, no se había atrevido a usar.

Ahora, los ojos de Lanson, entre la vegetación, observaban el bello rostro de Onda. Ella parecía ser el freno que le impedía utilizar, aquella arma.

Lanson desapareció lentamente, procurando no hacer ningún ruido.

—Le han atacado... —decía Onda a su padre—. Mira.

Tras comprobar que no había nadie con ellos, el doctor se aproximó, aplicando un estetoscopio provisto de contador.

—Es sólo un golpe. Su organismo no ha sufrido ninguna alteración —dijo, guardando nuevamente el aparato.

—¿Qué habrá podido ocurrir? —inquirió ella.

—No sé. Pero le han atacado. De eso no cabe duda.

Onda guardó silencio unos instantes y recordó:

—Iba en busca de Lanson.

—¿Lanson? Hace tiempo que no le he visto. Desde que habló contigo —repuso el padre de la muchacha.

—Bueno, será mejor que le saquemos de aquí —adujo ella—. Ayúdame, papá.

—Sí, vamos...

Pero Din comenzó a removerse. Iba a volver en sí. Se recuperó en unos segundos y abrió los ojos. Miró en torno suyo y se alegró de ver cerca a la muchacha. Reaccionó de pronto y preguntó:

—¿Y Lanson?

—¿Fue él quien le golpeó? —preguntó el doctor.

—Sí... Y hay que advertir a los demás. Puede ser peligroso.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha dicho Lanson? —preguntó la muchacha.

—Nada... Me pidió tiempo para pensar... Pero él sabe algo... Algo

referente a lo que ocurre aquí. Sospecho que tiene contacto con los habitantes de este sitio.

Padre e hija guardaron un largo silencio. No acertaban a comprender.

—Vamos, vamos... Hay que... —no terminó la frase. En la base, alguien había lanzado un grito.

Alguien informaba a gritos:

—¡Derson! Se lo han llevado... Lo he visto.

El coronel tuvo un excelente motivo para inducir a la gente a la lucha abierta.

—¡Esto se acabó! No debemos consentir que nos aniquilen uno a uno.

—¡Helsa no está! —gritaba alguien.

Helsa era una de las mujeres de la expedición. Una de las que había luchado con Onda. La estaban buscando inútilmente, porque no se encontraba tampoco con el resto de la gente.

Cuando el doctor, su hija Onda y el piloto Din llegaron el resto de la expedición se había amotinado.

Rippi, que había intentado guardar el orden, fue golpeado, y el coronel había ordenado la toma de las armas, y para ello reventó el armario donde se guardaban, utilizando la pistola que arrebató a Rippi.

—Lo siento —dijo éste—. No pude evitarlo.

El coronel se enfrentó con el piloto:

—En nombre de la comunidad, tomo el mando. Vamos a dar una batida y usted no va a impedirlo, Din Demara. Si hace algo en contra de la voluntad de la mayoría..., pagará las consecuencias —y mostró significativamente el arma.

Din comprendió que sería inútil luchar. Rippi, sin embargo, parecía esperar una orden para atacar, pero esa orden no llegó.

—Tengan cuidado con Lanson. Es posible que sea un enemigo. No se fíen de él.

—¿Lanson? —inquirió el coronel.

—Sí, Lanson... Podría decirle más cosas, pero sé que no querrán escucharme. Van a una muerte segura.

—Estamos hartos de tomar precauciones, Demara... ¡Ah! Pero no sueñe con huir... La nave va a quedar cerrada. Déme el mando electrónico. Yo lo guardaré.

—Eso no, coronel. Sólo Rippi y yo somos capaces de tripular esa nave. No puedo confiar el mando a nadie más.

—¿No lo comprende? —exclamó el coronel—. Es una orden. Si no obedece...

—No obedeceré. Dispare si quiere.

—¡Bien dicho, Din! —adujo Rippi—. Que me mate a mí también... Tendrán que quedarse aquí para siempre.

El coronel comprendió que aquellos hombres estaban dispuestos a mantenerse firmes, por ello decidió:

—Voy a dejar a alguien de guardia para que no intenten huir. Y ordenaré que disparen si intentan largarse.

—Yo no soy un desertor, coronel. Es usted el insubordinado. Espero que sepa cuidar de la gente a la que ha amotinado.

Y Din dio la vuelta para entrar en la nave. Con él, además de Rippi, el doctor y Onda, se hallaban otras cuatro personas que no habían querido tomar parte en la rebelión. Del interior de la nave surgieron otros dos hombres. Eran los supervivientes de la última incursión.

Uno de ellos empezó a gritar:

—Debe impedirlo... Debe impedir que caigan en la trampa...

—Claro que voy a impedirlo, pero no puedo hacerlo con las armas. No voy a ser yo el verdugo para librarles de la muerte. ¡Vamos! —añadió—. Suban todos. Voy a poner esto en marcha.

—¡No! —gritó entonces alguien, encañonándole con un arma. Era el hombre que había elegido el coronel para impedir que Din pudiera marcharse con la nave.

El hombre avanzó con decisión.

—¿Quién diablos es usted? —Din se encaró con él, avanzando lentamente, haciendo caso omiso de la amenaza.

—El coronel me ha ordenado que...

—El coronel no puede ordenar nada. No haga tonterías...

Se volvió para hacer una seña a Rippi, que a su vez, indicaba a los otros que se dieran prisa en subir a la, nave.

—No se mueva, Demara...

—Escuche. No me nombraron jefe de un chisme corno ése por idiota. ¿Comprende? No intento huir y dejarles a todos que corran con su suerte, que es lo que merecen. Lo que voy a hacer es intentar ayudarles, sacándoles del lío en que se van a meter.

—Usted no se moverá... —insistió el otro.

—¿No, eh? —y mirando fijamente a su guardián, avanzó con firmeza—. Máteme... Ande, fulmíneme y se quedará aquí para siempre... Dispare su rayo. ¡Hágalo! ¿Cree que es capaz?

Estaba ya muy cerca. El otro vacilaba, si bien seguía sujetando con firmeza el arma.

Din dio un paso más, el definitivo. Luego, de un manotazo, desvió la pistola, al tiempo que golpeaba la mano agresora.

—Ahora le aconsejo que venga con nosotros, si no quiere quedarse solo.

Desarmado y humillado, el otro echó a correr.

—Peor para ti —gruñó Din, cansado ya de tanta insubordinación.

En la nave, los dos supervivientes de la última expedición, estaban deseosos de hablar con Din.

—Escuche... Tiene usted que saberlo... Antes le mentimos, pero tiene usted que saberlo.

—¿De qué demonios me están hablando?

—De las trampas, señor Demara. De las trampas... —murmuró uno de aquellos hombres, reflejando una mezcla de temor y arrepentimiento.

CAPITULO XI

Din Demara había puesto en marcha la nave y efectuaba un vuelo rasante, rozando materialmente las copas de los árboles.

La gente que se había unido al coronel quedaba oculta por el tupido follaje. En algunos claros podían apreciarse grupos aislados.

Fue entonces cuando uno de los supervivientes informó:

—Van directos a la zona de las trampas.

—Hábleme de esas trampas...

—Mi compañero y yo las vimos... Bueno, una... Alguien había caído dentro. Era uno de los nuestros y empezó a gritar.

—¿Intentaron ayudarlo? —preguntó Din, sin dejar de prestar atención a los grupos que, esporádicamente, podía divisar entre la espesura.

Su informante guardó silencio.

—Vamos, hable. Tengo que estar pendiente de lo que ocurre allá abajo.

—No —confesó el otro—. No le prestamos ayuda. Tuvimos miedo. Esa es la verdad. Algo horrible estaba ocurriendo.

—Dejaron que un compañero fuera atacado y ni siquiera le ayudaron. Es lógico. Ustedes forman parte también de ese mundo que hemos destruido entre todos con nuestro egoísmo.

—Lo siento. Esto..., esto es distinto... Ni siquiera sabemos qué lugar es éste, ni cuáles son nuestros enemigos.

—Bueno. No soy quien para reprocharles. Yo cumplo una misión... y ni siquiera eso me dejan.

Raseó más el vuelo y lanzó su voz al espacio.

—Vuelvan todos al punto de origen. Este lugar está lleno de trampas... Regresen todos y todavía podrán salvarse. No lo demoren.

No deambulen más por la selva... Sé que me han comprendido. Háganme caso.

—¡Allí, Din! —exclamó entonces Rippi, dándose cuenta de algo que le heló la sangre.

La tierra, aquella extraña y exuberante tierra, acababa de engullir a dos de los expedicionarios.

Din intentó acercarse y al ver cerca del lugar al coronel con un par de hombres, le advirtió:

—¡Coronel! Hay una trampa a unos diez metros de donde se halla. A su izquierda. Dos personas acaban de desaparecer. ¡Tenga cuidado!

La nave pasó rauda y Din la hizo describir una curva cerrada para volver sobre el sitio.

—¡Es una trampa similar a la que cayó nuestro compañero! —dijo el que antes había confesado su cobardía.

—¿Qué opina de eso, doctor? —preguntó Din, volviéndose, pero el padre de Onda no estaba en la cabina, ni tampoco la muchacha.

Lenkor, en aquellos momentos estaba repasando la lista de viajeros, a la vez que consultaba un libro.

Onda parecía ayudarle en la búsqueda de algo.

—¿Estás segura? —inquiría Lenkor a su hija.

—Eso es lo que él dijo, padre.

Din efectuaba una nueva pasada, llamando insistentemente:

—Coronel, conteste... ¡Coronel!

El coronel podía replicar a través de la radio, pero el piloto no obtuvo respuesta alguna.

Rippi, que cuidaba rutinariamente de las comprobaciones secundarias, fijó su atención en la pantalla de vuelo.

—¡Eh, Din! Mira eso...

Din distrajo su atención y observó la anomalía que reflejaba la pantalla.

—Es el carburante... Algún atasco en. el filtro. Comprueba.

—Sí, Din.

Rippi, tras pulsar el botón correspondiente, murmuró:

—Comprobado. Sigue igual.

—¡Oh! Sólo faltaba eso... Pulsa la energía de vuelo.

Rippi obedeció, pero la pantalla siguió reflejando la misma anomalía anterior.

—Es absurdo... Si algo falla no podríamos volar...

—Es un vuelo rasante. El carburante sobra, pero si eso no se arregla, no podremos elevarnos.

—De acuerdo. Ve a la caja de control. Puede ser un atasco sin importancia...

Pero no era un atasco sin importancia, porque la nave empezó a oscilar...

—¡Maldita sea! Ahora no puede estropearse. No faltaría más que...

—No hay control, Din —repuso Rippi.

—Está bien. Voy a regresar. Habrá que mirar esto. Antes lanzaré una última llamada a esos de ahí abajo.

Lanzó la llamada, mientras la nave era sacudida por irregulares oscilaciones, poco después tomaban nuevamente contacto con aquella isla flotante llena de misterios y de una extraña seducción.

Rippi acudió a la caja situada al fondo del bólide para comprobar manualmente las anomalías, mientras un grupo de personas surgían del fondo.

Eran seis en total. Estaban agotados, temerosos; el pánico se reflejaba en los rostros de aquellos seres.

—Han desaparecido... —dijo uno de los que acababan de regresar—. No contestan... ¡No contesta nadie! ¡Este es un lugar maldito! ¡Sáquenlos de aquí!

El piloto hubiese podido contestar que de no haberse movido, quizá

estarían todos vivos, pero la pesadilla ya era bastante atroz y además existía el problema de la nave.

—¿Han visto algo que pueda darnos una pista? —preguntó Din, sin grandes esperanzas.

No. Todos negaron a la vez. Nadie había visto nada. Era lo que el piloto temía. Por eso dejó a los recién llegados para preguntar a Rippi cómo andaba la avería.

—Han forzado la caja, Din. No hay duda.. —Lanson —murmuró el piloto.

—Sea quien fuere. Ha obstruido los abductores. Esto costará mucho tiempo arreglarlo.

—Lo han hecho a propósito, para que no podamos marchar.

—¡Esto es una encerrona! —gritó alguien.

—¡Calma! Y que todo el mundo suba a la nave. Permaneciendo dentro, no podrán atacarnos.

Rippi se aproximó...

—¿Estás seguro de que no se atreverán?

—Lo hubieran hecho antes... En este tiempo he llegado a pensar que quienquiera que habite en este lugar dispone de medios muy rudimentarios para la defensa o el ataque... Trampas primitivas.

—¿Para qué las querrán?

—Para cazar personas, Rippi. Otros han caído antes que nosotros...

—Personas —repitió Rippi—. ¿Crees que Lanson lo sabe?

—Es posible.

—¿Y para qué crees que quieren a personas vivas, Din? —preguntó su ayudante.

CAPITULO XII

No. El b6lido seguía sin posibilidad de ser reparado.

—Si ha sido Lanson, conocía perfectamente la caja —comentó Rippi, lanzando un bufido.

Lenkor apareció seguido de su hija.

—Din. ¿Puede atenderme un momento?

—Sí, doctor. ¿Ha descubierto algo en esa lista de pasajeros?

—He estado tratando de investigar algo. Onda me habló de su conversación con Lanson.

—Sí. Le dijo que había estudiado botánica y eso, ¿eh?

—Botánica... Plantas, flores. Aquí está lleno de ellas —murmuró Lenkor.

—Ya. Pero...

—Din... No he encontrado nada especial, pero dispongo de un libro lleno de nombres de científicos. Creí que no lo llevaba conmigo, pero he tenido suerte... He estado buscando referencias del profesor Hank.

—¿Figura en su lista? —inquirió Din.

—Sí. Y, efectivamente, se la da por desaparecido, pero en el breve historial figura un hijo suyo, casado y con familia. Escuche esto, Din...

Y Lenkor leyó el párrafo correspondiente al profesor:

«Marchó voluntariamente al espacio con una misión botánica, a la que se rodeó de cierta reserva. Posteriormente se comunicó en síntesis que su misión había fracasado. Ello consistía en el transplante y supervivencia de entes vegetales en otras atmósferas, para lo cual se le había provisto de adecuados generadores y otros instrumentos inherentes al caso.»

—Sigue una pequeña biografía —añadió Lenkor, para continuar—: En el capítulo familiar dice que deja esposa, hijos y un nieto. El hijo se llama Lanson. No habla del nieto.

—¿Lanson? Pero...

—No, Demara. No puede tratarse del hijo. En todo caso del nieto. Claro que esto es muy remoto. Ni siquiera habría consultado mi libro,

de no ser por Onda.

Fue la muchacha quien tomó la palabra para añadir:

—No le dije todo lo que habíamos hablado Lanson y yo, Din... No me pareció necesario.

—¿Qué le dijo?

—Me habló de un abuelo suyo, científico, especialista en botánica. En realidad eso último venía a ser un *hobby*, pero él tenía ideas sobre el proceso de crecimiento de las plantas y realizó algunas pruebas.

—¿Le dijo que su abuelo era Hank? —preguntó el piloto.

—No. Eso no lo dijo —repuso Onda—. Pero parecía muy preocupado... y no precisamente por sí mismo. El estaba tranquilo. Hablaba de todo con naturalidad. Yo le escuché sin ninguna suspicacia. En realidad me gusta todo esto. Admiró la naturaleza.

—Es necesario encontrarle —murmuró Din.

—Yo puedo ayudarle —adujo la muchacha.

—No. Demasiado peligroso.

—A mí no me ocurrirá nada —repuso Onda.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque he adivinado que Lanson me admira... De haber pensado que él estaba implicado en todo esto hubiese podido sacarle más cosas, pero le dejé que hablara y le escuché simplemente.

—Aun así. Es demasiado peligroso. No puedo pedirla que haga de cebo. Yo también la admiro, Onda.

Se miraron largamente.

—No encontrará jamás a Lanson. Si es el nieto de Hank se habrá reunido con él —murmuró al fin la muchacha.

—¡El sabe la verdad! El puede explicar por qué tratan de aniquilarnos. No hemos sido los primeros ni seremos los últimos.

—¿Me acepta como cebo, Din? —preguntó ella, con voz suave e insistente a la vez.

Din miró al padre de la muchacha, que comentó:

—Si ella está dispuesta, Din, acéptela. Todos tenemos que correr nuestros propios riesgos.

Din Demara dudó todavía.

—Bien —aceptó al fin—. Pero tendremos que aventurarnos sin radios, sin detectores. Nada de lo que llevamos sirve. Pueden seguirnos. Ignoramos sus métodos.

—Eso es fácil —repuso ella, y comenzó a desabrocharse la blusa espacial.

* * *

Din Demara vestía ropas deportivas y ligeras que resultaban ideales para el clima de la isla flotante. Junto a él estaba Klimper, uno de los dos supervivientes que había confesado haber dejado a un compañero en la trampa. El otro terminó de vestirse.

—Ya... estoy listo —dijo éste, titubeante.

—Sé que tienen miedo y lo comprendo —repuso el piloto—, pero les necesito. Quiero saber exactamente el lugar donde se halla esa trampa.

—No sé si sabremos encontrarlo —dijo Klimper.

—Deben intentarlo. Todos vamos en las mismas condiciones. Y recuerden que Onda será quien corra mayores riesgos.

—¿Y tenemos que ir sin armas? —inquirió el compañero de Klimper.

—Exacto.

—Pero...

—No podemos llevar nada que pueda ser detectado y todos los objetos espaciales pueden serlo.

Ante las miradas de los dos hombres, Din Demara concluyó:

—No hay nada más que decir.

—Estoy lista —adujo Onda, apareciendo con una insignificante falda y una blusa ajustada que realzaba las perfectas formas de su anatomía.

Lenkor y Rippi despidieron a los cuatro que se dirigían hacia la aventura, de la que tan pocos habían regresado.

CAPITULO XIII

La ausencia de aparatos transmisores por parte del cuarteto expedicionario mantenía en la incógnita a los que esperaban.

Lenkor se mostraba sereno y consultaba libros y apuntes. Rippi, más inquieto, intentaba arreglar la nave, pero no lograba concentrarse.

—La ha estropeado ese maldito Lanson. No puede haber sido otro —rezongó.

Paseó nervioso delante del doctor que, alzando la mirada del libro, murmuró:

—Trabaje tranquilo, con calma. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo? ¿Cómo puede tomarse las cosas así? Din está corriendo un gran peligro.

—¿Acaso mi hija y los demás no lo corren también?

—Sí. Tiene razón. Disculpe... No sé lo que me pasa. Esto es como una pesadilla.

—Ese puede ser un magnífico lugar para vivir..., siempre que Din consiga algo positivo de esa aventura.

—¿Y si fallan?

—Entonces todo dependerá de la nave —repuso tranquilamente el doctor—. Procure arreglarla.

—¡Lo estoy intentando!

—Pues siga con ello. Discutiendo sólo consigue que el tiempo discorra a favor de ellos. Nuestra única posibilidad de salir de aquí, si Din Demara fracasa, es la nave... Dedíquese por completo a ella.

Un grito atroz interrumpió la conversación entre los dos hombres. Los aparatos de la nave captaron el tremendo alarido.

—¡Noooo!

Luego continuó el grito, mientras Rippi corría junto, a la emisora para captar su procedencia.

Una voz inhumana llegó a través de las ondas. Rippi supo que se trataba del coronel porque él se identificó.

—Me están asesinando. Quieren convertirme en...

No pudo terminar la frase. Se escuchó un ruido seco y una especie de movimiento de cadenas.

Lenkor asomó.

—¿Ha oído? —inquirió el copiloto.

—Sí —musitó Lenkor, pensativo.

—Ha sido como si una enorme maquinaria se pusiera en marcha.

—¿Ha captado algo más?

—No. La conexión se ha cortado.

—Bien. Temo que no volveremos a ver al coronel ni a ninguno de los que fueron con él. Vamos quedando muy pocos.

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que intentan hacer con; nosotros? —rugió Rippi, golpeando el pupitre.

—Créame, amigo... Continúe con la nave —murmuró el doctor.

—¡Cielos! Si al menos supiéramos qué es lo que ocurre...

—Sólo Din o cualquiera de los que han ido con él puede traernos la respuesta. Confiemos. En cuanto a usted...

—Sí, doctor. Voy a trabajar. Intentaré arreglar esa maldita nave.

Din y sus tres acompañantes seguían una intrincada senda con varias bifurcaciones. Klindor y su compañero intentaban encontrar la ruta de la trampa.

—Por ahí. Creo que sí. Recuerdo ese árbol... Tiene las ramas muy salientes. Tropecé con él cuando huía.

El otro asintió.

Din hizo un ademán para seguir aquel camino y tomó la delantera. Al llegar a otra bifurcación, Klindor dudó unos instantes y su compañero, cada vez más asustado, indicó el camino.

—¿Seguro? —preguntó el piloto.

—¡Ahí!

Klindor asintió.

De nuevo Din, abriendo camino, comenzó a andar. El sendero se estrechaba.

—¡Cuidado! —gritó de pronto Klindor.

Din dio un traspiés. ¡Era la trampa!

Consiguió asirse a la tierra mientras sus piernas colgaban al vacío.

—¡Ayúdenle! —exclamó Onda, mientras los otros dos parecían haber quedado paralizados por el terror.

Le ayudaron. En realidad, la agilidad de Din le bastó para salir nuevamente a la superficie.

Onda miró a la trampa. Era profunda. Como de unos diez metros y por la parte de abajo parecía ensancharse.

—¿Es aquí donde cayó su compañero? —preguntó el piloto.

Tras un corto silencio, los dos hombres asintieron. Din dudó unos instantes. Onda creyó comprender y murmuró:

—Entonces, ha llegado mi turno.

—¡No! —exclamó Din.

—Es inútil retrasarlo. Yo soy el cebo —repuso ella, con decisión.

—No, no. Yo entraré primero —terció el piloto.

—Sería inútil, Din. Tengo que hacerlo yo. Sé que Lanson no me hará nada.

—Pero tampoco te dejará salir. No quiero.

Instintivamente se abrazó a la valerosa muchacha.

—Debo correr el riesgo.

Luego se besaron como la cosa más natural del mundo. Sin decirse nada, acababan de expresar de la manera más clara sus mutuos sentimientos.

—Iré contigo —murmuró el piloto al soltarla—. No estarás sola, Onda.

Luego empezó a preparar la cuerda. Onda iba a descender para desentrañar el misterio. Din sujetó a la muchacha con la cuerda por la cintura, y luego a través de las axilas. Era el modo más idóneo para hacerla descender sin que sufriera el menor daño.

Lo desconocido empezaba al fondo de aquel pozo.

CAPITULO XIV

Onda fue bajada con el máximo cuidado. Din Demara ayudó a sus dos compañeros permaneciendo atento en todo instante y con la mirada fija al fondo del pozo.

—Ya está —murmuró una vez la muchacha hubo tomado contacto con el suelo—. Ahora no os mováis de aquí.

—¿Va a bajar usted? —inquirió Klindor.

—Sí.

Pero el piloto no precisó de ninguna cuerda. La estrechez del pozo le permitía agarrarse a la tierra de la que surgían las raíces de árboles y setos.

Bajó rápidamente mientras. Onda se deshacía de la cuerda y tiraba

de ella para indicar a los que estaban arriba que ya estaba libre de las ataduras.

Din llegó a un metro por encima de la cabeza de Onda y observó una leve cavidad en la tierra humedecida y mohosa. Probó a rascarla con la mano para ampliar el agujero y no tardó en conseguir que su cuerpo pudiera acurrucarse en el interior con mínimas posibilidades de ser visto.

Ella aguardaba la señal, mientras observaba la puerta metálica que tenía ante sí allá en el subsuelo. Era una puerta de medio metro de altura, perfectamente cerrada y provista de una mirilla que permanecía igualmente cerrada.

Din hizo una señal a la muchacha y ella comenzó su actuación con un grito lógico de quien ha caído en una trampa.

—¡Socorro!

Se dejó caer en el suelo restregándose para dar la sensación de que había caído desde lo alto.

—¡Socorro! —gritó de nuevo.

Din en el agujero, en difícil postura, procuraba estar al tanto de los acontecimientos que se avecinaban.

Un sonido de difícil descripción, seguido de un levé chirrido, anunció que la puerta iba a abrirse.

En efecto. La plancha metálica corrió hacia arriba dejando al descubierto una cavidad de impenetrable oscuridad.

Cuando la puerta estuvo abierta surgieron dos pás metálicas que a modo de pala rastrearon la tierra.

—¡Socorro! —volvió a gritar la muchacha.

Las pás alcanzaron a la muchacha que no podía hacer nada para huir, toda vez que la extraña pala mecánica ocupaba el reducido espacio del fondo del pozo...

Inmediatamente una red metálica surgió por la parte alta de la máquina, envolviendo a Onda, que quedó atrapada.

Acto seguido la pala comenzó a retirarse hacia el interior.

Din sabía ya, por lo menos, de la forma que capturaban a las víctimas y esperó expectante el momento de actuar.

La pala iba retrocediendo llevándose consigo a Onda atrapada en la trampa.

Din saltó cuando las púas estuvieron en el mismo dintel de la puerta y ésta comenzaba a bajar.

Rápido y ágil, Din avanzó a gatas antes de que la puerta acabara de cerrarse.

Seguidamente, con un golpe seco, la entrada quedó obstruida y Ja máquina comenzó a retroceder.

La oscuridad era absoluta, pero Din comprendió que se hallaba en el interior de un túnel subterráneo en cuyo suelo había dos raíles sobre los cuales montaba la máquina de las púas.

Al cabo de un minuto, habituados los oídos a la oscuridad, el piloto pudo, más que ver, adivinar las delimitaciones del túnel y observar que al final la cavidad se ensanchaba y el reducto quedaba iluminado por unas luces rojizas.

Siguió avanzando a gatas mientras la grúa retrocedía llevándose su preciosa carga.

El final del túnel era una ancha sala donde la máquina se elevó hasta la altura de un enorme buzón.

Din comprendió que era allí donde la máquina iba a depositar su carga.

Todo allá abajo era simple y rudimentario. La grúa, el buzón que era como una enorme boca que continuaba en un tubo lo suficiente ancho para que pasara por él un cuerpo humano. El tubo terminaba junto a una pared para dirigirse a otra dependencia por la que se podía penetrar a través de una puerta.

Din observó que no había nadie, ni siquiera detectores. Corrió, pues, hacia la puerta para pasar a la sala siguiente.

Allí terminaba el tubo sobre una plataforma giratoria de la que arrancaba una especie de lona sin fin que ascendía hasta las dependencias superiores.

«Esto debe ser el sótano del edificio», se dijo Din Demara para sí, mientras observaba la funcional maquinaria.

Miró hacia lo alto y vio que sobre la plataforma existía otro tubo que apuntaba justo al centro.

En aquellos instantes, Onda era arrojada al buzón y el tubo empezó a vibrar.

Din reprimió un escalofrío y temiendo lo peor hizo una prueba. Se desprendió de la chaqueta quedando con el torso desnudo. Arrojó la prenda sobre la plataforma e inmediatamente del tubo colgando surgió un vapor.

Din tuvo que taparse la boca y la nariz. Aquello era como un narcótico o algo con suficiente poder para adormecer.

¡Onda iba a recibirlo!

Trató de reponerse. De un momento a otro, Onda iba a ser arrojada del tubo a la plataforma y se apresuró a impedirlo.

La muchacha asomó, mientras el tubo que la conducía había estado funcionando con un continuo movimiento de rotación.

Din subió a un saliente de la máquina, y tan pronto como asomaron las piernas de la muchacha se asió a ellas y tiró con fuerza.

Cayeron los dos rodando por el suelo, pero de este modo el piloto impidió que la valerosa mujer cayera sobre la plataforma.

Onda estaba visiblemente mareada, pero intentó recuperarse y miró a su alrededor.

—¿Qué es esto? —inquirió, asombrada.

—Todavía no lo sé. Lo que es seguro es que adormecen a las víctimas. Luego suben por ahí.

Miraron ambos hacia la lona sin fin que seguía subiendo hacia arriba. No había ninguna escalera ni nada para poder subir a la planta superior. La única forma de llegar era montarse en la lona.

—Tenemos que llegar hasta el final —dijo ella.

Din asintió aun a pesar suyo, pero era necesario. Y ayudó a la muchacha a subir a la lona. El montó detrás y aplastados los dos sobre

la cinta se dejaron conducir.

—Cuidado —advirtió él—. Cuando estemos al final, sal en seguida. No sabemos hacia dónde conduce esa cinta.

Ella asintió, mientras ambos aguardaban el final de aquel incierto trayecto.

Pasaron por el agujero con espacio justo para el paso de un cuerpo.

Ella iba delante. Din guardaba una prudente distancia.

La cinta terminaba en un depósito lleno con un extraño líquido en ebullición.

—¡No! —gritó Onda al darse cuenta del peligro, pero logró saltar antes de que su cuerpo se sumergiera en aquel extraño ácido.

Din saltó segundos más tarde, y ambos en el suelo observaron rápidamente la amplia sala en la que estaban prisioneros.

Cubos, carretillas metálicas y una única puerta de salida era todo lo que podía verse, además del enorme recipiente en ebullición. Las burbujas del ácido era lo único que cortaba el extraordinario silencio.

De pronto, la cinta se detuvo y ambos pudieron escuchar el sonido de unos pasos.

Alguien se acercaba.

Din buscó un lugar para ocultarse y al no encontrar nada a propósito se metió por el agujero de la cinta y se dejó deslizar lo suficiente para no ser visto.

Onda aguardó.

Los pasos sonaban cada vez más cerca.

Din permanecía expectante, con los sentidos en tensión.

Los pasos estaban ya muy cerca de la única puerta que daba acceso a la extraña sala.

Onda tragó saliva y aguardó tratando de aparentar la mayor serenidad.

Din Demara tuvo que admirar la valentía de aquella muchacha, su

valor ante lo desconocido.

Los pasos de la persona resonaban ya en el dintel de la puerta.

Din asomó para ver a quien de un instante a otro iba a aparecer.

Y apareció.

Era un hombre.

Onda no mostró la menor extrañeza al reconocer al recién llegado: era Lanson.

CAPITULO XV

—Estás a salvo y me alegro —fueron las primeras palabras de Lanson—. Pero no debiste arriesgarte.

—¿Qué querías que hiciera?

—Quedarte en la nave... Hasta que los demás...

—¿Hasta que los demás, qué? —inquirió ella.

—Onda... Quiero que lo sepas todo, pero vamos... Aquí no es el lugar. Anda, sígueme, por aquí.

Ella asintió. Parecía que su acción como cebo estaba dando los primeros frutos. Lanson no quería hacerle ningún daño y, además, estaba dispuesto a explicarle todo lo que hasta aquel momento constituía un misterio para todos.

Llegaron hasta la puerta y Onda observó un corredor, una dependencia con puerta cerrada a la izquierda y una escalera mecánica que subía hasta una planta más alta.

Lanson se volvió:

—Caíste en la trampa. Lo siento. ¿Te has lastimado?

—No —murmuró ella.

—¿Cómo has podido salir? El narcótico sirve para dormir a las

personas.

—Logré saltar.

—Sí. Algunos lo consiguen —repuso él, con toda tranquilidad—. ¿Ibas sola?

—Sí —mintió ella.

—Está bien... Sigamos —y Lanson ni siquiera se volvió, tomó la delantera para indicar el camino a la muchacha.

Ella le siguió, al tiempo que Din volvía a penetrar en la sala del recipiente de ácido y asomaba a la puerta a tiempo de ver cómo Onda y Lanson subían por la escalera mecánica.

—¿Esto es el edificio impenetrable, verdad? —preguntó la muchacha, mientras subía al lado de Lanson por la escalera de considerable altura.

—Sí. Lo es.

—¿Y quién hay aquí, además de ti?

—Ya lo verás.

Llegaron al fin a lo alto. Lanson se volvió unos instantes para mirar hacia abajo. Din tuvo el tiempo justo de esconderse para que el otro no pudiera verle.

—¿De veras has venido sola, Onda? —repitió Lanson al cabo de un silencio.

—Sí.

—Bueno. Es mejor así. Yo quiero confiar, ¿sabes? Estoy dispuesto a que lo sepas todo. Este es un lugar maravilloso, donde la naturaleza jamás podrá ser destruida. Todo crece fragante. Hay verduras y frutas comestibles y se podrán crear animales, un mundo como el que los insensatos destruyeron, un paraíso. ¿Comprendes? Un nuevo paraíso...

Se detuvieron en la antesala de algo que parecía el centro del edificio, un salón inmenso, extrañamente iluminado, del que surgía el sonido de un goteo, el burbujear de algún líquido en ebullición y donde se adivinaba una enorme pantalla que reflejaba parte del exterior.

Las imágenes de la pantalla se sucedían y en un momento dado apareció la nave con los escasos supervivientes, y el doctor Lenkor asomando por la puerta.

Onda lo vio y quiso avanzar, pero Lanson se lo impidió suavemente.

—Tú puedes ser la reina de este paraíso. Quizá la palabra reina te suene un tanto absurda en nuestra época. Pero no importa... Tú y yo seremos los pioneros de un nuevo mundo.

—No te entiendo, Lanson.

—Debes aceptar la realidad por cruel que te parezca. Nunca será peor que la que nos ha tocado vivir.

—¿Qué quieres decir?

—Destruyeron nuestro mundo. Nos han obligado a vagar por el espacio, pero al fin hemos encontrado algo que puede ser nuestro... Y no podemos ser blandos...

—Lanson... ¿Tú eres el nieto del profesor Harik, verdad?

—Supuse que tu padre lo habría averiguado —repuso Lanson.

—¿Vive tu abuelo?

—Sí, vive.

—Quiero hablar con él.

—El ya no puede hablar casi con nadie. Está enfermo.

—¿Enfermo?

—Sí. Afortunadamente llegué a tiempo.

—¿Tú sabías...?

—No, Onda, yo no sabía nada. Ignoraba incluso la existencia de este lugar, pero cuando llegamos aquí supe que si alguien había sido capaz de crear esto sólo podía ser mi abuelo y entonces hice lo posible para ponerme en contacto con él.

—¿Y los demás?

—Los demás no cuentan.

—Pero su desaparición indica que han muerto. Esos aparatos que hay en el subsuelo.

—Todo lo sabrás, Onda, pero necesito tu sinceridad. Si tratas de engañarme...

—Está bien. Háblame ya. Déjame ver lo que hay allí. He visto una pantalla.

—Sí, querida. Desde aquí puede dominarse toda esa maravillosa naturaleza que no podemos dejar que se pierda. Pasa.

Miró hacia atrás. No vio a Din porque se había pegado a una de las paredes, antes de cruzar la puerta de la antesala.

Ella pasó al fin, ante la enigmática mirada de Lanson.

La sala era amplia, con un enorme ordenador en el centro, que emitía gemidos en su constante transmisión de datos. En la pantalla grande se sucedían las imágenes y por otras pantallas podía verse la totalidad de aquel paraíso flotante.

Una escalera subía hacia lo alto donde el edificio era circundado por una plataforma a la que se ascendía por otra escalera móvil.

Un gemido resonó en la inmensa estancia mientras Onda miraba hacia lo alto.

Lanson volvió la mirada a una de las pantallas.

—Es el abuelo —y corrió hacia la escalera, seguido por la muchacha.

Din asomó y observó el extraño lugar. Su mirada principal se dirigió al cerebro, aquella enorme computadora que no se cansaba de transmitir datos.

Lanson estaba ya en la plataforma y corrió hacia un ángulo. Allí estaba la cama con el viejo tendido.

Era un hombre de muy avanzada edad, su enorme barba le llegaba hasta el enflaquecido vientre y sus melenas impedían ver su rostro.

Onda se quedó algo más atrás. No estaba asustada, pero sí sentía una enorme sensación de inseguridad. Todo aquello le parecía irreal como

una pesadilla.

—Es el fin —balbució el viejo.

—Daré más presión —murmuró Lanson, y manipuló un aparato que el viejo llevaba introducido en el cuerpo del cual asomaba una especie de conmutador.

—No se puede vivir artificialmente —repuso el moribundo, con voz cavernosa.

—Abuelo...

—Estoy satisfecho, hijo. Ahora ya tengo un sucesor para que pueda gozar de todo esto.

—Abuelo...

—Sabes bien que todo funciona solo. Pero no serviría de nada si alguien no pudiera gozarlo. —Hizo una pausa y añadió—: Las plantas... no dejes que se mueran por falta de abono... Lanson... Las plantas. Es mi obra. El paraíso, Lanson:... El paraíso... Disfrútalo tú y no confíes jamás en na... nadie.

No dijo más.

Onda se quedó mirando al viejo, luego notó que los ojos de Lanson se clavaban en ella.

La extraña tensión fue cortada por un estertor agónico que había surgido de alguna de las pantallas que regia la computadora.

CAPITULO XVI

Rápidamente, Onda se dirigió hacia la planta baja utilizando una escalinata mecánica descendiente.

Lanson iba a decir algo, pero guardó silencio y se volvió hacia el viejo que permanecía inmóvil.

Había muerto.

Momentos después, Onda estaba frente a la pantalla y pudo ver

perfectamente cómo un cuerpo trataba de salir a flote del interior del enorme recipiente de ácido.

Sus gritos seguían llegando a través de un receptor. Luego dejaron de oírse y el cuerpo quedó sumergido entre las burbujas del ácido.

Con los ojos desmesuradamente abiertos y sin atreverse a despegar los labios, Onda observó poco después cómo unas tenazas sacaban lo que quedaba de aquel cuerpo para sumergirlo de nuevo y removerlo.

Un licuador soltaba el líquido hacia uno de los recipientes como si se tratara del envasado automático de algún líquido pastoso destinado a la venta.

—Te lo hubiera explicado de otra forma —murmuró Lanson, que había llegado junto a la muchacha.

Ella seguía en silencio, muda de asombro, de pavor, de repugnancia y también de incredulidad.

Lo que había visto sobrepasaba toda lógica. No podía existir ninguna explicación racional. Sólo la obra de un loco y se volvió hacia Lanson que la miraba con frialdad.

—Lo siento. Ahora ya lo has visto.

—¿Por qué? ¿Por qué? —apenas consiguió balbucir.

—Es la lucha por la supervivencia.

—Pero, ¿qué supervivencia? —inquirió ella.

En aquellos instantes, la gran pantalla enfocó algún lugar de aquella exuberante selva. Del suelo surgieron los tubos destinados al riego automático. Un riego por aspersión.

En unos instantes, la zona quedó regada por el líquido que surgía de los tubos.

Tras un silencio, ella comprendió y lanzó un grito de horror:

—¡No, no!. ¡Dime que no es cierto! ¡No, Lanson! No puede ser cierto. Sería horrible.

Él guardó silencio. En la pantalla el líquido seguía surgiendo de los tubos e inundando la tierra.

Lanson cortó la visión.

—Al principio puede resultar desagradable, pero es necesario.

—Entonces... ¡Oh! Convertís a las personas en...

No se atrevió a terminar la frase. A ella misma le causaba pavor decir lo que estaba viendo con sus propios ojos, lo que Lanson no se atrevía a negar.

Y él mismo dijo, simplemente:

—Las plantas necesitan abono, querida. Mi abuelo descubrió la fórmula.

Ella volvió los oídos hacia otra parte. No lejos se encontraba Din con los puños prietos. Quizá lo había adivinado todo unos segundos antes que ella.

—No hay nada malo, ¿sabes? Los hombres lo destruyeron todo. Quemaron la naturaleza. Asesinaron las plantas, condenaron su propio alimento... Pues bien, ahora ellos mismos pasan su delito... Aquí no hay sitio para ellos, sólo para las plantas..., para la vegetación, para la naturaleza, que es lo único auténtico.

—Pero no a ese precio, Lanson..

—El mismo precio que las selvas y los bosques pasaron a manos de los humanos, el mismo precio que las pequeñas aves tuvieron que dar con su propia vida... Es la justicia ele las plantas.

—Es la obra de un loco.

—¡No digas eso! Los que aman la naturaleza no están locos. Los que la destruyeron, sí... Ahora la naturaleza se cobra sus tributos. Los hombres pagan. Atraeremos aquí a todas las naves errantes. Nunca nos faltará el abono necesario.

—¿Y quieres que yo comparta esto?

—Si tú quieres...

—¡Nunca!

—No, nunca, tienes razón. Tratabas de engañarme y... No pudo terminar la frase porque apareció Din avanzando desafiante.

—Ella jamás se quedará aquí, Lanson. Ni ella ni cualquier persona que tuviera sentimientos y sentido común.,.

—¡Atrás, Din! ¡Atrás los dos! —Lanson sacó una pistola, una de las muchas que había conseguido de la gente que quedó atrapada en las innumerables trampas del lugar—. Y no intentes huir. Vuestra nave jamás se elevará, porque le falta algo importante —y de otro bolsillo extrajo un pequeño instrumento, una pila.

—Le falta esto —añadió.

—No importa, Lanson. Puedes disparar y convertirnos en lo que quieras. Completa tu obra, pero no pidas colaboración.

—Una lástima, Onda —murmuró Lanson, entornando los ojos—. Tú y yo... hubiéramos podido ser felices.

—¿Felices sabiendo que lo que iba a comer ha crecido gracias a...? —horrorizada, no terminó.

Lanson seguía encañonándoles y dio un pasó adelante.

—Sí, Una lástima —repitió.

CAPITULO XVII

Entretanto, Rippi había llegado a la conclusión de que jamás conseguiría hacer volar la nave.

—Doctor —dijo acercándose a Lenkor, que seguía interesado en su lectura, al tiempo que comprobaba datos.

—¿Algo nuevo, Rippi? —inquirió.

—La nave está provista de elementos para rodar por tierra. Es para lo único que puede servirnos.

—No es mucho.

—Doctor, hace ya demasiado tiempo que Din está ausente.

—¿Quieres ir?

—Con la nave.

—No es mala idea.

—Desde ella si nos atacan podremos defendernos.

Los escasos supervivientes, ocho sumaban en total, no hicieron ningún comentario. Estaban demasiado asustados. Ya nada les importaba, acaso sólo sobrevivir.

—Ellos no tienen más armas que las que nos han robado a nosotros —dijo el doctor—. Este lugar, por lo que he ido averiguando, tiene escasas defensas. Puede ser destruido con suma facilidad.

Poco después, la nave se puso en movimiento. Rippi la hacia rodar por un ancho sendero.

Lenkor murmuró:

—Me temo que no habrá otro remedio.

—¿Qué, doctor?

—Si Din y mi hija han fracasado, tendremos que destruirlo.

—¿Ha... ha averiguado algo más? —inquirió el ayudante de Din.

—Hank trabajaba con unos métodos revolucionarios sobre el asunto de los abonos y fertilizantes. Nunca se llegó a hacer público en qué consistían tales métodos, pero alguien los calificó de «muy peligrosos».

Rippi no acabó de comprender y. el doctor tampoco quiso aclarar nada. Si había deducido la verdad, la guardó para sí.

La nave seguía por el sendero. Rippi estaba atento al camino y con la diestra preparada para repeler cualquier agresión.

—Ninguno de los que han salido aparece. No hay rastro. Me gustaría saber el camino que ha tomado Din.

—Sólo por azar podemos descubrirlo, pero yo iría directamente al edificio.

—Sí —murmuró Rippi y siguió avanzando por el sendero bordeado de aquella exuberancia creada a costa de vidas humanas.

Y entretanto...

Entretanto, en el interior del edificio, Lanson seguía encañonando a la pareja formada por Din y Onda.

—Una pena. —había repetido—. Pero no permitiré que nadie pueda destruir esto.

—No tienen ningún sistema de defensa, Lanson. He estado observando.~Es un laboratorio para experimentos botánicos. Sólo disponen de las armas de que se han apoderado.

—Sí, Din... Es lo mismo que pensaba el coronel... El tuvo el privilegio de Ver todo el funcionamiento. Algunos no se dan cuenta. —Señaló la pantalla y añadió—: Como esos cobardes infelices que os acompañaban.

Se refería a Klindor y su compañero.

—¡Bah! No merecían vivir —añadió—. Cayeron en otra trampa y fueron directamente al ácido. Ahora empiezan a ser útiles como abono.

Hizo una pausa y añadió:

—Pero al coronel quise explicárselo todo. Era un hombre orgulloso. Convencido de su valía. ¡Pobre desgraciado!

—No intentes asustarnos, Lanson. No te recrees. Acaba ya de una vez.

—No sin antes deciros que las armas de las otras naves están en mi poder. Convenientemente distribuidas, entre esas paredes... Se agujerean muy fácilmente, pero los que están fuera no pueden saber de dónde surgirán los disparos. En cambio, yo sí. Esas pantallas —y señaló la computadora— son como un ventanal. Cuando alguien se acerca puedo disparar cualquiera de las armas y dar en el blanco sin error. La computadora se encarga de la precisión... Soy prácticamente indestructible.

—¿Cuántas naves se han aniquilado, Lanson?

—Algunas... Creo que con la vuestra cuatro. Pero vendrán más. Hay un sistema emisor de señales para atraer a los bólicos espaciales... El último invento de mi abuelo. Y ahora ya sabéis todo lo que queríais saber.

Din comprendió que su fin y el de Onda estaban próximos. Lanson tenía una pistola. Bastaba con un par de rayos. Él, en cambio, iba desarmado.

CAPITULO XVIII

Din cubrió con su cuerpo a Onda con un gesto instintivo. Lanson sonrió. Estaba junto al pupitre de la gran computadora. Al otro extremo se hallaba la pareja.

Las pantallas iban retransmitiendo imágenes de los distintos puntos y al fondo la pantalla grande ofrecía panorámicas periódicas en versión mucho más ampliada.

El dedo de Lanson se cernió sobre la palanca de disparo.

Fue en aquel momento en que a través de una de las pantallas apareció el bolido, muy cerca de uno de los muros del edificio. Onda agrandó los ojos.

Lanson siguió fugazmente la mirada de la muchacha y sonrió al ver el bolido.

—Magnífico. Ahora os demostraré cómo funcionan las defensas.

Sin dejar de apuntar a la pareja, Lanson se aproximó a uno de los pulsadores del tablero.

—Destruirás tu propio paraíso, Lanson —adujo Din para ganar tiempo.

—¡Oh, no! Eso tiene fácil reparación. Soldadura especial. Rápida. El abuelo tuvo en cuenta estos casos.

—¡No toques eso! —gritó Din, dando un paso adelante.

Lanson tuvo que retrasar la acción haciendo ademán con el arma como si fuera a disparar contra Din.

—¡No! —gritó Onda, creyendo que era el fin.

Din acababa de observar algo. Con una rapidez de reflejos que le catalogaba como hombre idóneo para saber dirigir a cualquier grupo

perdido en el espacio, el piloto vio perfectamente uno de sus transmisores conectado al cerebro.

Tenía que jugárselo, todo a una sola baza y lo hizo. Lo hizo de una forma tan rápida e inesperada que la propia Onda fue la primera en quedar desconcertada.

Din se lanzó contra la muchacha, derribándola. De este modo, la sacaba de la trayectoria de ataque de Lanson. Pero al mismo tiempo se precipitó hacia el aparato.

Lanson vaciló un segundo sin saber hacía dónde debía dirigir el ataque. Quizá fue menos de un segundo, una fracción acaso, pero suficiente para que Din pudiera gritar.

—¡Cuidado, Rippi! Lanson quiere destruirlos. Fuera.

Y cuando hablaba se lanzó contra el propio Lanson en el momento en que éste accionaba la palanca de la pistola.

El rayo salió desviado hacia el techo. Din forcejeó con el alto y corpulento Lanson en lucha por la posesión del arma.

Pero, entretanto y gracias a la conexión., Rippi y el doctor habían oído la voz de alarma dada por el piloto.

El ayudante de Din accionó los mandos para dar marcha atrás al bólido al tiempo que el doctor exclamaba:

—Pongámonos a cubierto.

—Es lo que intento hacer. Aunque no consigo comprender desde dónde pueden atacarnos.

—Entre los arbustos —añadió el doctor, y Rippi se dirigía hacia el punto donde la nave podía quedar camuflada de cualquier posible ataque.

Pero Din y el rubio Lanson seguían en una lucha feroz rodando por el suelo de la estancia.

Lanson era mucho más corpulento. Tenía agilidad y fuerza. Din sabía que no podía dar ningún paso en falso. La pistola seguía en posesión del que pretendía ser rey de aquel paraíso y consiguió con un empujón desplazar a su antagonista y ponerse en pie.

Din saltó hacia sus piernas y le derribó de nuevo. Esta vez, Lanson

perdió el arma.

El piloto se incorporó primero en esta ocasión y de un puntapié alejó la pistola que su rival se disponía a recuperar.

Lanson, al ver fallido su intento, se revolvió y con sus poderosos puños consiguió conectar un tremendo revés que derribó al piloto que rodó por el suelo. Seguidamente el poderoso agresor se lanzó nuevamente contra el arma.

Onda, entretanto, habló a través del transmisor:

—¡Padre! ¡Rippi! Disparad... Destruid el edificio... Abrid un boquete... Tenemos que salir de aquí.

Rippi y Lenkor cambiaron una mirada.

—Es mi hija —murmuró el doctor.

—Sí, pero... Ellos están dentro. Si disparamos...

Vacilaron.

Entretanto, los dos hombres seguían luchando. Din había logrado, lanzándose con la cabeza por delante, derribar a su rival y ahora era Lanson el que rodaba por el suelo.

Pero Lanson demostró su poder, una vez más. Aquella extraordinaria fortaleza física se puso de manifiesto cuando Din iba a posesionarse del arma y recibió una tremenda patada en un costado que le hizo lanzar un gruñido.

Por un momento creyó que ya podría levantarse del suelo. Sintió náuseas y una extraña pesadez.

Lanson le miraba triunfante. Ya no quería ir en pos del arma. Quería terminar con él. Hacerlo con sus propias manos.

—Acabarás sirviendo de abono. Como todos... Eres demasiado endeble para mí.

Se le echaba encima.

Din, en el último momento, consiguió rodando sobre sí mismo, esquivar la embestida de aquel mastodonte cargado de músculos y de fuerza.

Lanson había caído y ahora estaba en ligera inferioridad, pero se repuso en seguida.

Y el padre de Onda dejaba oír su voz.

—Dadnos vuestra situación. Si disparamos podemos alcanzaros a vosotros y a los que. estén ahí.

Onda trató de orientarse. Por las distintas pantallas podía verse la situación que, además, estaba marcada por medio de los correspondientes signos.

—¡Deja ya de hablar, entrometida! —gruñó entonces Lanson, mientras de un puñetazo lograba derribar nuevamente a Din Demara que notaba como sus fuerzas se iban debilitando.

Fue entonces cuando Lanson decidió apartar a Onda. La empujó salvajemente arrojándola contra el suelo.

Allí mismo, en un departamento del aparato, Lanson tenía otra arma. La tomó al tiempo que pulsaba uno de los botones.

Se produjo un silbido, y de algún lugar un arma de mayor alcance arrojó un rayo.

En un momento se abrió un boquete en el edificio y el rayo se perdió.

Afortunadamente para los de la nave, Lanson había querido hacer sólo una demostración. Disparó a ciegas porque no podía ver el bólido escondido entre los sotos, pero sus ocupantes sí vieron de dónde había partido el disparo.

—Están ahí —gritó Rippi.

Lenkor tomó el transmisor para advertir a su hija:

—Onda... Contesta... ¿Estáis bien? ¡Onda!

La situación era angustiosa. No se atrevían a abrir fuego, pero Lanson lo hizo pulsando otro botón. Y esta vez el rayo cruzó muy cerca del bólido arrancando de cuajo el tronco de un árbol e incendiando parte de la vegetación.

Al darse cuenta de lo que él mismo había hecho, lanzó una maldición.

—Pagaréis esto... ¡Lo pagareis!

Habían transcurrido sólo unos segundo desde que Lanson comenzó el ataque, y ahora en su locura destructiva iba a abrir fuego contra Onda, que comenzaba a incorporarse.

Din jadeaba. Se daba cuenta de que le fallaban las fuerzas.

CAPITULO XIX

El piloto hizo un esfuerzo supremo. Sabía que era su última oportunidad, no sólo de salvarse a sí mismo sino de librar de una muerte segura a Onda.

Sacó fuerzas de donde casi no quedaban. Tenía que hacerlo. Era su última baza en aquel terrible juego en el que la derrota significaba la muerte.

No sólo la suya y la de los presentes dentro y fuera del recinto, sino de una humanidad errante que llegaría atraída por las señales de aquel lugar paradisíaco, convertido en maldito por la obra de unos locos.

Din se puso en pie de un salto, y sin pensarlo, calculó bien la distancia y dosificó sus escasas fuerzas.

Lanzose con decisión contra el cuerpo del poderoso rival al que derribó con su embestida.

Lanson disparó al aire, pero Din, que supo conservar el equilibrio, de un patadón le arrebató el arma. Una segunda patada hizo rodar a su enemigo que aun así consiguió levantarse.

Con las últimas fuerzas se lanzó de nuevo contra él logrando conectarle un tremendo y demoledor directo que Lanson recibió en pleno mentón para caer nuevamente.

Se levantó aún, pero fue para recibir dos tremendos impactos en el cuerpo y un tercero en el rostro que volvieron a derribarle. Aun así, el rubio rodó sobre sí mismo para esquivar a Din que volvía a la carga.

Se incorporó y dando un salto inverosímil se plantó ante el tablero en el que comenzó a pulsar botones.

Una lluvia de fuego taladró los muros del edificio.

Los rayos surgían en todas direcciones.

—Nos van a alcanzar —gritó Lenkor, que por primera vez había perdido su impertérrita flema.

Rippi sólo tenía un medio y lo puso en práctica.

—¡Malditos! Lanson, morirás tú también. Tú lo has querido.

Y conectó todos los disparadores automáticos.

—¡Fuera! ¡Todos fuera! —advirtió el doctor—. Hay que abandonar la nave.

Las puertas fueron abiertas y los ocupantes, como sonámbulos, salían entre un auténtico bombardeo de rayos.

—¡Al suelo! Pegados todos al suelo —advirtió Lenkor.

El fuego que alcanzaba el edificio iba convirtiéndolo en una ruina. Los agujeros de los impactos corroían el material que se fundía tanto con los disparos surgidos del interior como por los impactos que recibía procedentes de la nave.

Din había recuperado el dominio de la situación atacando nuevamente.

Golpeó a Lanson que cayó muy cerca de Onda.

Dispuesto a terminar la lucha, se apoderó de un arma, pero al volverla hacia su antagonista, éste consiguió parapetarse tras la muchacha, y el piloto, por temor a herirla, vaciló.

—No —sonrió Lanson, triunfal, a pesar de las huellas que la pelea había dejado en su rostro—. No, jamás podréis acabar conmigo. Y ella morirá primero.

Había una extraña sonrisa en su semblante. La sonrisa de quien se sabe vencedor aun a pesar de la destrucción total.

Los rayos surgidos de forma automática e intermitente de las armas dirigidas por la computadora continuaban bombardeando el exterior.

De la nave igualmente surgía el fuego corrosivo que destruía el material de aquel raro edificio.

Uno de los rayos de la computadora alcanzó de lleno el bólido que quedó convertido al instante en un ingente montón de material retorcido.

—¡Cobarde! —gritó Din. que seguía con el arma en la mano.

Pero Lanson estaba bien protegido, escudándose tras el cuerpo de Onda.

De un manotazo cortó todos los contactos y las armas enmudecieron definitivamente cuando el edificio mostraba boquetes por todas partes.

Sin embargo, Din no advirtió que por azar había pulsado uno de los contactos ajenos a los disparadores. Y ese contacto hizo funcionar un mecanismo y...

—¡Mire, doctor! —exclamó Rippi.

En el suelo de la maltrecha alfombra espacial se había abierto una trampa. Era una de las entradas secretas del edificio disimulada con la propia tierra del lugar.

Pero de momento, Din seguía con los mismos problemas y Lanson le conminó, tajante:

—¡Suelta el arma, Din! Déjala caer e impúlsala con cuidado con el pie. No hagas ninguna tontería o...

Y con el antebrazo presionó con más fuerza el cuello de Onda.

—¡No, Din! No lo hagas —gritó ella.

Lanson trató de apretar con mayor presión, pero menospreció la habilidad que Onda había demostrado para la lucha.

Soltando con violencia los codos hacia atrás, los clavó materialmente en el abdomen de su adversario que instintivamente aflojó la presión.

Fue sólo un instante de vacilación el que tuvo Lanson, pero fue suficiente para que la muchacha consiguiera desprenderse de los poderosos brazos de su aprehensor y pasara al ataque. Lo hizo con dos golpes a los costados de Lanson, que gritó como un condenado, pero se rehízo al instante y trató de golpear a Onda con la misma violencia como si su rival fuera un hombre de la misma talla.

Din no podía disparar, so pena de herir a la muchacha y la lucha seguía con todo su dramatismo.

—¡Cuidado! —advirtió Din, decidiéndose a intervenir para ayudar a Onda.

Está, sin embargo, pudo evitar el golpe de su rival y con una precisa llave sujetó el brazo agresor, y con extraordinaria habilidad le volteó haciéndole medir al suelo con sus costillas.

—¡Aparta, Onda! —gritó Din cuando el otro se incorporaba tenaz, mostrando una vez más su extraordinario poder de recuperación, unido a su fuerza poco común.

Y Lanson, de un salto, alcanzó el tablero.

—¡Cuidado! —gritó Onda.

Lanson iba a tomar un arma. No se daba por vencido. Y Din ya no lo dudó, accionó la palanca de su pistola y el rayo alcanzó un costado del cuerpo de aquel loco del espacio.

Lanson lanzó un grito, mientras Din apretaba por segunda vez la palanca.

El rayo culminó su misión mortífera. Lanson quedó inmóvil en el suelo.

Jadeante, Din se volvió hacia su compañera. Onda ya no podía más. La tensión había sido demasiado fuerte, se sintió al límite de sus fuerzas, pero aún tuvo arrestos para ir hacia Din.

Se abrazaron los dos. Era como si ambos acabaran de nacer de nuevo.

Así les encontró Rippi que había penetrado por uno de los boquetes con la mitad de los supervivientes.

Lenkor lo hizo por la puerta secreta con la otra mitad.

Todos iban armados, pero en aquellos momentos su ayuda ya no era necesaria.

Din y Onda seguían abrazados.

EPILOGO

Parte de la vegetación había ardido. En el suelo se habían producido grandes manchas calcinadas y abundaban los cráteres. El edificio era una ruina y de su interior apareció el doctor hablando con Din.

Rippi se había quedado junto a los demás al lado de la destrozada nave.

—¿Hay alguna esperanza? —preguntó Onda cuando su padre y Din estuvieron cerca.

—Los sistemas que rigen para la suspensión de la isla han quedado seriamente dañados. Existe peligro de desmoronamiento.

—¿Qué ocurrirá si eso se produce? —preguntó la muchacha.

—Este espacio apenas tiene consistencia. Ni siquiera podríamos flotar por el espacio... Nos desintegraríamos.

Parecía no haber esperanza, pero Din añadió:

—Hemos agudizado las señales. Es posible que alguna nave errante las capte. En tal caso, podríamos salir de aquí, pero si alguien prefiere quedarse...;

Nadie contestó. Fue Onda la que definió perfectamente su pensamiento.

—Siempre me ha gustado la naturaleza. Pero no a ese precio. Esto es como... una necrópolis volante.

—Un cementerio —corroboró Rippi, observando la nave.

Algo ocurrió entonces. El suelo parecía tener movimiento. Hubo un grito general.

—Calma —advirtió el doctor Lenkor—. No ocurre nada, son pequeños fallos, pero aún podemos aguantar.

Rippi varió de tema después de un largo silencio.

—¿Por qué no aniquilaron la nave antes? Cuando sobrevolamos el edificio. Su sistema les permitía atacar por sorpresa.

—Por varias razones, supongo —repuso Din—. Primero porque el viejo Hank estaba enfermo y dejaba que todo lo efectuaran los mecanismos dirigidos por la computadora. Así las primeras personas que desaparecieron, cayeron en las trampas sin intervención directa de Hank, al igual que los que fueron tragados por el espacio al aproximarse demasiado al punto límite. Luego, cuando Lanson encontró el modo de entrar y se ocupó personalmente de todo, ya nos había quitado una de las pilas del combustible. No le resultábamos peligrosos porque sabía que podía cogernos uno a uno. Sólo al final. Estaba enloquecido y quiso hacer una demostración... Él quería a Onda, deseaba vivir con ella aquí y odiaba a los demás, veía en todos a los destructores de la naturaleza y quería conservar ese pedazo alimentado con seres humanos convertidos en abono.

—Es repugnante —murmuró Rippi.

—Me gustaría olvidarme de todo esto —murmuró ella.

—Si podemos huir destruyámoslo —repuso Rippi otra vez.

—Se destruirá solo —adujo el doctor—. Será como un cementerio flotante...

Otra sacudida estremeció a los supervivientes.

El doctor no dijo nada, pero frunció el entrecejo. Din se le aproximó.

—Esto va más rápido de lo que suponíamos.

—Me temo que sí —murmuró Lenkor.

Todos procuraban ocultar su angustia, pero una nueva sacudida levantó un grito colectivo.

En alguna parte pareció producirse una explosión y algunos creyeron advenir que parte del extraño habitáculo desaparecía.

* * *

Las esperanzas se habían perdido cuando apareció la nave a tiempo de recoger los diez supervivientes.

El piloto trataba de convencer a la gente:

—Calma, señores, calma. No podemos permanecer aquí. Tenemos que alejarnos. A mí también me gustaría quedarme, pero me comunican que es un lugar peligroso.

Din, Lenkor, Onda y Rippi estaban en la cabina de la nueva nave, los demás se habían acomodado entre los viajeros que confiaban en encontrar un lugar donde empezar una nueva vida.

Una voz a través de los receptores preguntó al piloto:

—¿Y por qué diablos va a ser peligroso un lugar así?

La respuesta no se hizo esperar. Aquella verde alfombra pareció que de repente era sacudida por una fuerza invisible y desapareció rauda del lugar que había ocupado.

Onda se aproximó a Din.

—¡Es increíble! —comentó el piloto de la nueva nave, observando como el habitáculo flotaba vertiginosamente hasta desaparecer.

—No existe. Es una pesadilla —murmuró ella.

—Una falsa naturaleza —adujo Din—. Pero en algún lugar existirá un planeta con auténtica vegetación. Algo que no sea un cementerio flotante. Lo encontraremos.

F I N